

# UACM

## **Universidad Autónoma de la Ciudad de México**

Nada humano me es ajeno

COLEGIO DE HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES

LICENCIATURA EN CREACIÓN LITERARIA

**“Estrategias discursivas para crear el espacio en Lo que nunca habité”**

TRABAJO RECEPCIONAL  
PARA OBTENER EL TÍTULO DE LICENCIADA EN  
CREACIÓN LITERARIA

PRESENTA:

**GUADALUPE HERNÁNDEZ ORDUÑA**

Directora del trabajo recepcional

**Mtra. Karla Paola Montalvo de la Fuente**

**México, D. F. Enero 2014**

## SISTEMA BIBLIOTECARIO DE INFORMACIÓN Y DOCUMENTACIÓN



## UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LA CIUDAD DE MÉXICO COORDINACIÓN ACADÉMICA

### RESTRICCIONES DE USO PARA LAS TESIS DIGITALES

### DERECHOS RESERVADOS<sup>©</sup>

La presente obra y cada uno de sus elementos está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor; por la Ley de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, así como lo dispuesto por el Estatuto General Orgánico de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México; del mismo modo por lo establecido en el Acuerdo por el cual se aprueba la Norma mediante la que se Modifican, Adicionan y Derogan Diversas Disposiciones del Estatuto Orgánico de la Universidad de la Ciudad de México, aprobado por el Consejo de Gobierno el 29 de enero de 2002, con el objeto de definir las atribuciones de las diferentes unidades que forman la estructura de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México como organismo público autónomo y lo establecido en el Reglamento de Titulación de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México.

Por lo que el uso de su contenido, así como cada una de las partes que lo integran y que están bajo la tutela de la Ley Federal de Derecho de Autor, obliga a quien haga uso de la presente obra a considerar que solo lo realizará si es para fines educativos, académicos, de investigación o informativos y se compromete a citar esta fuente, así como a su autor ó autores. Por lo tanto, queda prohibida su reproducción total o parcial y cualquier uso diferente a los ya mencionados, los cuales serán reclamados por el titular de los derechos y sancionados conforme a la legislación aplicable.

*A la Universidad Autónoma de la Ciudad de México:  
casa de estudios en donde vi caer sueños y surgir otros.*

*A ésta institución también le agradezco su apoyo para la impresión y empastado  
de este trabajo “final” para una etapa y el inicio de otra.*

*A la piedra angular de mi vida y de mi fe.*

*A mi familia, por ser un refugio en medio de las tormentas.*

*A Javier, por compartir mi amor con las letras.*

*A las personas que creyeron en mí cuando yo dejé de hacerlo.*

*A los espacios que me habitan  
y que habito desde algún lugar del mundo.*

# *Lo que nunca habité*

*Por Guadalupe Hernández*

*Se me ha olvidado ya el lugar de donde vengo  
y puede que no exista el lugar a donde voy.*

Joaquín Sabina.

## Índice

<i>Adiós, García Márquez</i> .....	6
<i>Por la pared</i> .....	9
<i>Las historias que soy</i> .....	14
<i>Carta a Rosa</i> .....	19
<i>Kire, un hombre sin espacio</i> .....	23
<i>La danza de la libertad</i> .....	29
<i>Tras de la puerta</i> .....	33
<i>La barda</i> .....	38
<i>El otro</i> .....	40
<i>Otro cuento</i> .....	48
<i>A tiro de piedra</i> .....	51
<i>Lo que nunca habité</i> .....	54
<i>Estrategias discursivas para crear el espacio en “Lo que nunca habité”</i> .....	60
<i>Introducción</i> .....	61
<i>Elementos conceptuales para el análisis del espacio</i> .....	68
<i>Análisis literario. Estrategias literarias para crear el espacio en “Lo que nunca habité”</i> .....	82
<i>Bibliografía</i> .....	107
<i>Referencias electrónicas</i> .....	110

## *Adiós, García Márquez*

Anchas gotas de agua caen del cielo. Yo, extendiendo mi brazo y abro mi mano; quiero recolectar toda el agua del mundo en mi palma. Diez, veinte y después miles de ellas empapan el piso. Me detengo. Hace tiempo que no lo hacía para ver llover. Sonrío: el agua arrastra tristeza.

Mis manos se han puesto blancas y marcadas líneas forman una M: M de molestia, de muerte, de Márquez. Si aprieto mi mano siento matar a los microbios que han decidido ser mis inquilinos. Y si no mueren del apretón, quedarán flotando en la alberca que es ahora mi palma. La abro: el agua se desparrama.

Las personas corren de un lado a otro. Esa gente no entiende el poder del líquido y te aseguro que tampoco saben que bajo de éste hay historias nacientes y otras tantas a un centímetro de la muerte. Yo las veo a través del agua: ahí están empapadas corriendo a las coladeras para unirse con otras cientos de narraciones amorfas. En ese mar está nuestra vivencia.

Camino para después detenerme bajo un techado y tiritito de frío. Veo mi mano, alberca, chapoteadero y hogar de microbios. A la M le han salido ramas, brazos apenas visibles. Giro la cabeza y veo una foto postal de la ciudad tomada desde el aire. Miles de caminos se ven y cruzan con otros. Son las líneas de mi mano alberca, hogar de microbios y ciudad.

Mis líneas, las venas secas de la metrópoli, recobran vida mientras son revitalizadas con la lluvia. Cómo quiero a este sitio y, sin poder evitarlo, también a ti.

El agua arrecia. No me importa mojarme. Avanzo. ¿Por qué no puedo transformarme yo? La tristeza que siento agazapada en mis ojos se funde con el agua: ¿cuándo terminarás de marcharte?

Espero que el semáforo se ponga en verde y murmuro el título del libro que estoy buscando. Atravesando la avenida está la tienda. Todo ese largo pasillo siempre me ha parecido un trayecto de intelectualidad. Hay muchos desvanes de libros, pero... mi favorito es éste, porque

forma una M, la M de mi mano. El semáforo se pone en verde. Atravieso la calle.

Veo la entrada. Afuera hay un joven. De perfil se parece a ti. Mis pies parecen arraigarse al suelo. No puedes ser tú: la fría nostalgia que escurre en forma de agua por mi cuerpo te ha logrado dibujar. Avanzo más rápido con la sensación de no hacerlo. Me siento como en un eterno reencuentro que nunca se realiza. Al llegar, tu parecido se ha ido. Entro y lo busco. No está.

Dentro de la librería suena la música de Shumann. Lo sé, porque es la misma melodía que tocabas por las tardes en tu casa. Yo me sentaba a verte. Me encantaba contemplar tus dedos saltando de una tecla a otra. Por la rendija de la ventana lograba colarse algo de aire que propagaba el aroma de tu piel: toda la casa olía a ti. Giro la cabeza con la sensación de que te podré ver en el segundo piso, quizá con un piano, quizá con un libro, quizá mirándome. Está sólo tu recuerdo.

A mi espalda hay un cartel que invita a lecturas de poesía. En nuestro tiempo ese espacio era ocupado por un enorme reloj. En el silencio su *tic tac* te parecía un rezo, una oración al tiempo para que éste se detuviera, pero no lo hizo.

En la librería hay más gente de lo normal. Unos examinan los tomos pasando las hojas de un lado a otro, regresan al índice, leen y de nueva cuenta van a una página. Otros buscan ser atendidos por algún empleado. Una fila extensa se encuentra en la caja. Yo quiero marcharme lo más pronto posible. Me equivoqué al creer que el tiempo transcurrido evitaría los recuerdos. Miro hacia atrás y veo la puerta, la misma a la que muchas veces te resististe atravesar, según tú, porque al entrar aquí pasaba horas enteras hojeando un libro sin comprar ninguno.

Llego a la otra habitación. De inmediato tomo un ejemplar de Edgar Allan Poe. Leo el primer párrafo, despego mis ojos de las palabras y descubro, entre el mover de las personas, a un hombre que hojea un libro al final del estante.

Mis manos sudan y mis rodillas tiemblan. El aire acondicionado trae a mi nariz un

perfume: la fragancia de tu piel llena la atmósfera. Debe ser un error. Observo los libros que se encuentran en la sección de literatura mexicana, en el inicio de la estantería. Mis tímpanos perciben el bombeo de mi corazón, pareciera que éste presiente el encuentro con otra historia. Sin embargo sólo encuentro títulos que anoto en una larga lista de compras.

Me muevo pidiendo ayuda. Entre tantos libros podría pasarme horas enteras buscando sin hallar lo que quiero. Sin embargo, la gente recurre más a las librerías en tiempos de lluvia y nadie me atiende.

— Disculpe... —digo a un joven de playera roja. Busco...

— Permítame, señorita. En un momento la atiendo.

Camino. Me pierdo entre títulos, y llego al lugar en donde se encontraba el muchacho que capturó mi atención. Estoy en el punto en donde se interceptan las dos líneas que forman la M. Literatura hispanoamericana, leo. *El amor en los tiempos de cólera, Crónica de una muerte anunciada, El general en su laberinto, Relato de...*

— Disculpe, ¿puedo ayudarla en algo? —Me dice el hombre que hasta hace unos segundos se encontraba en la caja.

— Sí, busco el libro de... —Doy el título.

Me dice que el último ejemplar se lo llevó el joven que ahora sale de la habitación.

Avanzo con paso rápido hacia él, ensayo frases convincentes para conseguir el libro.

— Lo encontré, ¡vámonos!

Es tu voz, eres tú. Extiendes el brazo. Ella se prende a tu mano. Te miro sin cambio alguno o quizá sí, porque la que hoy te toma de la mano es otra y no yo.

El mundo que ha sido tan grande por años enteros hoy nos coloca dentro de una M, una M de molestia, de Márquez. Salgo para verte marchar entre la caída del agua. Una vez más te alejas, pero esta ocasión no sólo con mi vida, sino con mi *Cien años de soledad*.

## *Por la pared*

Me había mudado para olvidar. Lejos de los recuerdos, mis padres y yo albergábamos la esperanza de que yo pudiera recuperar la voz; se había ido, o algo parecido, después del accidente. Ni un rasguño ni daño físico sufrí, sin embargo mi voz había quedado entre un arbusto o una rama. Quizá, pendiera todavía de algún árbol, pero nadie la vio.

Mis padres habían decidido comprar una casa pequeña, en la que cada fin de semana me dejaban sola. No me importaba. Me exiliaba por esos días y me dedicaba a andar descalza y en pijama. Leía algunos libros y veía películas hasta tarde. Así me di cuenta que ya podía hacer algunos sonidos y hasta mencionar palabras. Sin embargo, pensaba que el mundo era mejor y más cómodo bajo mi silencio. Así que preferí callar.

A unos metros de la casa hay un salón de fiestas. Lugar que revienta todos los fines de semana. Este viernes no es la excepción. Al parecer son unos jóvenes los que hoy celebran su unión. Regreso de la tienda y atravieso la calle y me encuentro con la novia, lleva un largo y entallado vestido blanco. Ella me mira, sus ojos café parecen guardar todos los soles y alumbrar a los invitados. Yo me meto a casa. Veré una película.

Es más de media noche y no puedo dormir. El animador de la fiesta ha pedido más de diez veces una porra para Siset y Gustavo, los recién casados. El novio le ha dedicado a ella una canción. Sin duda Siset ha llorado. Todas las mujeres nos conmovemos cuando se nos dedica una canción. No importa el ritmo o la letra; nos mueve las entrañas que se detengan a decirnos: esa canción es para ti.

Han puesto reggaetón para que los solteros no se sientan tan solos y los que tienen pareja se olviden que la tienen. La cara que habrán puesto los adultos al ver a sus hijas bailar de esa

forma: –es la onda, mamá, dirán las chicas zarandeando su cuerpo en las manos de alguien que ni su nombre saben.

Ahora suena salsa y yo, al ritmo de la canción, no puedo ni pegar los ojos. Soy como la invitada sin boleto, como el testigo al que olvidaron llamar a declarar. Ojalá y la música parara.

— Ven acá.

— Ya cálmate. Estás muy borracho.

— No me digas lo que tengo que hacer.

— Todos vieron cómo estás.

— No me importa.

Una discusión. No me sorprende. Por la pared de mi habitación se escucha todo. Como la otra vez: un borrachito vomitaba, se tardó tanto que yo pensé que el pobre se moría. Abrió la puerta de su carro y se fue. Pude oír el sonido del motor que se alejaba y es que desde aquí, te enteras de todo.

— Levanta la cara cuando te hablo.

— Mejor entremos al salón.

— ¿No que te avergüenzas de mí?

— Solamente quiero ir a la fiesta.

Ella camina, lo sé porque escucho sus tacones.

— ¿A dónde vas?

— Déjame. Me lastimas. Estoy cansada de esto.

— Yo estoy hartos de ti.

— Pues entonces déjame.

— Eso es lo que quieres ¿verdad?

Yo ya he pegado mi oído a la pared. Este tipo de discusiones jamás duran tanto.

— A lo mejor sí, a lo mejor sí quiero que me dejes.

— Ni lo pienses eh. Primero...

Primero qué. Ese hombre está loco.

— No, ya déjame. Me estás lastimando.

Sospecho que él ya le ha pegado. Así son esos hombres: violentos de principio a fin. Pero también ella, por qué no lo deja. Escucho sus voces muy claras. La ha de tener contra la pared, Por qué no grita...

— No te pongas dramática.

— Quiero irme.

— Te quedas aquí conmigo.

— Ya no quiero ser tu novia.

— Estás mintiendo. No podemos terminar

— No miento. Ya no quiero estar más contigo.

— No, Diana. No podemos terminar.

Este hombre está loco. Por qué no te vas. Corre al salón.

— No quiero estar más contigo.

— Primero muerta.

Un fuerte golpe estremece la pared. Mis pies están enraizados al suelo. ¿Y si salgo? Temo que el tipo me lastime. Mejor llamo a la policía y... quizá las palabras no me salgan. Haré sonidos y nadie me entenderá. Mejor me asomo. No, no es asunto mío... No se escucha nada. Solamente a José José que asegura que casi todos sabemos querer pero pocos sabemos amar. Quizá acabó todo y ya se fueron.

*El que ama pretende servir...*

— Te odio.

— Perdóname, Diana.

— Se acabó. No quiero volverte a ver.

— Esto se acaba cuando yo diga.

*y nunca sufrir...*

Voy a salir. Me pongo un tenis y lo amarro.

— Ya no te quiero.

*el querer pronto puede acabar....*

Ahora sí hombrecito, qué parte de ya no te quiero no entiendes.

— Me estás mintiendo.

— No. Quiero a Rodrigo. Lo quiero a él y no a ti.

*ser amado es total plenitud...*

— Me estás engañando.

— No. Con él soy feliz y contigo no. Además él también me quiere, me lo ha dicho.

*es morder, arañar y besar...*

— Dime que me quieres.

— No. Ya no te quiero.

La pared se estremece y se hace un silencio en medio de la voz de José José.

No lo entiendo.

— Diana, perdóname Diana.

*pero pocos sabemos... amar...*

Es él. Unos pasos se alejan del sitio. ¿Por qué ella no habla, no llora?

Pasan los segundos y nada de ruido Yo ya he despegado mi oído de la pared. Murmullos.

Me pego, de nueva cuenta. Voces. Escucho voces.

— Está borracha, verdad —dice una muchacha.

— Oye, ¿necesitas ayuda? Llamaremos a una ambulancia.

Hubiera salido. Pude haber hecho algo.

— ¿Está muerta?

¿Muerta? No, no puede estarlo al menos que él... Mis pensamientos se han enfriado al igual que la fría pared que no me deja ver lo que ocurre afuera. Pude hacer algo. Pero ella debe estar viva, viva y asustada porque...

— Llama a la policía. Ella ya no respira —dice la voz de un hombre.

### *Las historias que soy*

Entro a la alcoba. Él está recostado y titirita de frío pese al calor que hace. El olor a libros viejos impregna la habitación. Me acerco a la cama.

— ¿Cómo te sientes? —pregunto tocando su frente. Tienes temperatura. Te prepararé un té.

— No lo hagas. Quédate aquí. No quiero estar solo.

— ¿Quieres que te lea un libro? Escoge el que quieras.

— No sé. No quiero que leamos algo por hoy.

Él se ha puesto en posición fetal y me mira. Yo me paro y camino de un lado a otro. Me detengo en el librero.

— *Cuentos de amor, locura y de muerte, Los detectives salvajes y...*

De pronto lo veo. Un libro pequeño, con portada vieja y blanca. El plástico está roto de algunos lados y percutido de otros. Lo abro. *Tengo que encontrar un sitio para esconder mis deseos...*

— Mira nada más lo que encontré. Tu novela favorita. Platícame de cuándo la leíste.

— No, Sonia. No tengo ganas.

— Por favor.

Me acerco a él suplicante. Soy como una niña en espera de escuchar un cuento antes de dormir.

— Está bien, está bien. Pero deja ese libro y siéntate aquí, a un lado de mí.

— Las buenas historias siempre inician cuando se terminan de leer. Yo tenía como doce años cuando encontré el libro. Estaba en el mueble de la sala, en medio de dos enciclopedias de

geografía. Tomé la novela y ya no pude soltarla.

— ¿Ya lo habías visto antes?

— Supe que papá había comprado ese libro; pero jamás lo vi hasta ese momento. No le despegué los ojos hasta que llegué a la última hoja. Ahí inició el libro. Raquel, la protagonista de *El bolso amarillo*, tenía tres deseos que quería ocultar de todos. Conforme iba leyendo brotaron los míos, tres enormes deseos a los que había ignorado, pensando que la indiferencia los haría pequeños, invisibles. Raquel pasó una serie de cosas para encontrar un sitio y esconderlos...

— ¿Lo encontró?

— Sí. Los escondió dentro de un bolso. Pero yo no tenía un bolso, ni nada. ¿En dónde los podría esconder?

Él se toma las manos para enseguida tomar un pedazo de la cobija y trenzar sus hilos. Puedo adivinar, está nervioso. Si por él fuera se pararía de la cama y vagaría de un lado a otro de la habitación.

— ¿Encontraste un lugar?

— Eso no importa. Lo interesante es todo lo que pasó antes de encontrarlo. Cuando cerré el libro corrí a mi cuarto. Saqué mis deseos. Los tenía guardados en mi cartera, un viejo regalo que mi papá me había dado. Los vi. Ninguno hizo el menor ruido. Estaban calladitos, como asustados de verme. Los saqué uno a uno y los puse bajo mi almohada. Pensé en meterlos en las fundas, pero mamá tenía por costumbre aspirar cada parte de la casa y lavar todo cada tercer día. Imaginé mis deseos dando vueltas de un lado a otro entre las trusas de mi papá y las calcetas de Andrea, mi hermana. Era una mala idea, pero no pensaba en otros lugares. En casa no podía guardar nada, mi mamá tenía el don de encontrar todo y para como es, cualquier noche, en la

cena, diría mis deseos.

— No pude dormir. Podía sentir cómo mis deseos se movían bajo mi cabeza y se susurraban cosas que no entendí. Conforme avanzaba la noche, yo sentía cómo crecían y pesaban más. Pero cómo detenerlos, Sonia. Era imposible. Crecían y crecían. Verlos, saberlos vivos era alimentarlos, engordarlos.

— ¿Qué hiciste?

— Me levanté como a las siete. Mi mamá pronto comenzaría a aspirar. Ella solía pasar una y otra vez como confirmando que ya todo estaba limpio. Seguramente me pediría las fundas y mis deseos quedarían expuestos.

Rápidamente tomé a mis deseos. La aspiradora comenzaba a escucharse y no quería que mis deseos fueran succionados. Los metí en la bolsa de mi pantalón y corrí al parque. Ahí los podía dejar pero...

— ¿En el parque?

— Sí... mala idea. Estaba seguro de hacerlo cuando vi a Luca, el perro de la vecina. Afanado rascaba el piso. Desenterró una muñeca y se la llevó en el hocico. Observé la imagen. Para mí, Luca no llevaba la muñeca sino mis deseos, asustados de estar entre la mandíbula de un animal enorme. Regresé a casa a desayunar. Todos estaban en la mesa. El olor a *hot cackes* no pudo borrar de mi cabeza la preocupación de encontrar un lugar para esconder mis deseos.

— Espera. Alguien toca.

— No estoy para nadie, Sonia.

Me levanto. Abro la puerta. Es un policía. Me pregunta por él y contesto que se encuentra indispuerto. Su enfermedad le impidió ir a trabajar, le digo. Después de explicarme lo que ocurre

me extiende una tarjeta con un número telefónico. Regreso a la habitación.

— Era la policía. Al parecer alguien entró y robó el lugar en donde trabajas. Me dejó esta tarjeta para que te comunicaras.

— Está bien.

Él se ha puesto más pálido. En su frente se dibujan unas gotas de sudor.

— La dejaré encima del buró... ¿Y después, qué pasó?

— Ah, sí. Andrea ese día observaba con especial atención mi bolsillo. Yo sentía cómo mis deseos se retorcían de un lado a otro. En cualquier momento ella diría algo pero no lo hizo. Salí de casa después de comer. Mis deseos se bamboleaban con cada paso que daba.

Encontré una grieta en una casa antigua y deshabitada. Pero no era el lugar correcto. Una gota de agua caía justo ahí y mis deseos se mojarían y enfermarían. Después pensé en una bolsa de pan pero, llena de moronas, ensuciaría mis deseos. Así que deseché la idea. Anduve de un lugar a otro, pensé en la casa de Juan y de Alberto, pero ellos son muy descuidados y mis deseos, en sus manos, serían como un balón de fútbol. Regresé a casa ya tarde. Mi mamá sacudía los cojines. Subí las escaleras y entré al cuarto de mis padres. Quizá con la idea de que ahí, podía dejar a mis deseos. En el tocador me encontré con “El almohadón de plumas”. Entre sus hojas, estaba un separador con una flor disecada. El libro olía a mamá. Salí de ahí triste, atormentado. Quería un lugar para dejar mis deseos y no lo hallaba. Entonces, sin remedio, tomé la decisión de guardarlos en el lugar de su origen: mi cartera. Ahí quedaron por años hasta que mi cartera dejó de pesar...

— ¿Cuáles eran?

— Ya no interesa eso.

— Leamos algo.

— No, quiero dormir.

— Déjame ver qué hay por aquí.

Me he parado. Él me mira de reojo. Yo quiero leer *El bolso amarillo*. Sé que él no querrá prestármelo. A veces siento que nosotros, los lectores, vivimos inmersos en las historias que leemos. Es como si éstas cobraran sentido después de ser leídas... Él ya no me mira. Sus ojos ven hacia el buró. Qué habrá ocurrido. Quién podría robarle a una pobre anciana ciega. Sus ojos me dan miedo. Estaban velados por una tela gris. Tomo la novela y la guardo entre mi pantalón.

— Leamos *Crimen y castigo*.

— No, Sonia; ese libro ya lo leí, dice Andrés a mi oído.

## *Carta a Rosa*

Rosa:

¿Recuerdas la noche en que llegué mojado a tu casa? Yo sí. No la he podido olvidar. Te hablé de mi nuevo fracaso, de las dificultades que tuve para llegar a la entrevista, de las humillaciones que las personas me hicieron pasar y del tiempo que esperé para, al final, tener una negativa como respuesta.

Un largo silencio invadió el lugar. Más tarde, la tibieza de tu mano en lo frío de la mía me llevó a comprender que estarías conmigo en cualquier situación. Un brillo desapareció de tus ojos cuando notaste una sonrisa en mis labios. Preguntaste cómo podía estar tan feliz después de no conseguir el empleo. No contesté. Lo hago ahora.

Ese día, después de salir de la entrevista fallida, esperé en la banqueta. Lejos de ti y con las luces de los carros pegando en mi cara, recordé los planes de casarnos y tus sueños por una casa: será grande, dijiste. Con dos pisos y un baño arriba y otro abajo. Un gran ventanal habrá en la sala y el comedor tendrá cuatro sillas. El recuerdo fue tan fuerte que sentí tu cuerpo abrazado al mío y te juro que escuché tu voz susurrándome al oído esas palabras que sólo tú sabes decir. Así, pensando en qué iba a hacer para lograr algún día tu sueño, saqué un cigarro de mi bolsillo y lo prendí. En el humo se esfumó todo, hasta mi fracaso. De pronto, lo vi: sus largos cabellos enrastados le cubrían parte de la cara, la mugre había tapado su cuerpo, sus ropas desgastadas y rotas no eran más que un reflejo de los remiendos del mundo que había ya andado. Sus párpados caídos y sus grandes ojos oscuros me hicieron recordar cuando se es niño; porque cuando se es pequeño no importa la cara, el cuerpo o el atuendo, sólo interesa maravillarnos por este mundo.

Atravesó la calle y en un parpadeo estaba sentado junto a mí.

— ¿Me regalas una fumada? —Preguntó.

Extendí el cigarro. En la banqueta estábamos un par de hombres que sólo se distinguían por su vestimenta. El tabaco se consumió en silencio y llegó la hora en que el hombre tenía que marcharse. Yo no quería que se fuera. Si lo hacía, la soledad ocuparía ese espacio, el que ahora habitaba él.

¿Cómo detenerlo? ¿Cómo pedirle que no me dejara solo? Entonces le hablé de ti. Inicié con tu descripción. Sus ojos por ningún momento se desviaron de mí, jamás me interrumpió, bostezó o hizo algún sonido extraño que me advirtiera aburrimiento o desinterés. Fue la primera vez que conversé con una persona que no fingía que el otro le importaba, porque realmente creía que no había nada más relevante que el que hablaba y lo que decía. Fuiste importante para un desconocido y en ese interés te volvía a conocer.

Pasé largas horas platicándole de ti y de mí. Nos burlamos de los fracasos y desbaratamos uno a uno nuestros sueños. Sin darme cuenta, junto a él, surgieron otros. Qué raro. Nos detenemos a conversar cosas tan íntimas con alguien extraño y decidimos ser reservados con las personas que nos rodean.

Te confieso que camino a tu casa aún sentía la sensación de “lleno”. No supe cómo ni por qué, pero me pareció haber estado con la persona más importante del mundo. Me sentí pleno al saber que aquel hombre me había regalado algo de su tiempo. Quería contarte mi experiencia, pero el deseo se esfumó cuando te vi.

Esa noche, en tu casa, me ofuscó la idea de ser un desempleado más. De ser un fracasado para tus padres y el peor partido para ti. Pero dentro de todo esto, el hilacho de hombre con el que había compartido un cigarro, me alentaba a creer que existía algo mejor.

Al principio, lo busqué de vez en cuando, después con frecuencia hasta que, sin darme cuenta, iba a verlo todos los días. Fue así como aprendí a seleccionar alimentos en la basura y a sentirme acompañado. Más tarde el hombre me dio la lección más importante de mi vida.

Todo ocurrió una vez que me llevó debajo de un puente. Allí se encontraba un sillón ya viejo.

— Siéntate, ésta es tu casa.

La casa de tus sueños tiene más que un sillón ¿verdad? Pero ese espacio era tan sólo eso, un sofá que nos albergó a nosotros dos. Pensé en la frase; “ésta es tu casa”. Las personas decimos eso pero no es más que un formalismo. Sin embargo, este hombre me lo decía de verdad... ¿Quién es capaz de ceder lo único que tiene a un desconocido?

Recordé la banqueta que ambos habíamos compartido durante nuestro primer encuentro. En contraste, ahora estábamos sentados en un sillón con resortes que saltaban por todos lados, que muy probablemente era hogar de animales y... pero no importó. Mi asco desapareció cuando él se puso a hacer figuras con sus dedos a través de las luces de los carros. Recordé entonces mi origen, el origen que había olvidado por mucho tiempo y que tú también desconoces.

Al morir mamá, mi padre se esforzó por darme lo mejor. Así que pasaba más de ocho horas en su trabajo. Yo quedaba bajo el cuidado de una joven hasta que el viejo llegaba por mí. Las veces en que su trabajo se dilataba, él llegaba hasta altas horas. Yo ya estaba dormido en la pequeña recámara de mi niñera, pero sentía cómo me cargaba y me iba a recostar a mi cama. Entonces mis ojos se abrían. Papá se recostaba a mi lado y a través de la luz de una lámpara vieja, que todavía conservo, dibujaba figuras: un dinosaurio, un perro, un hombre, un lobo. Con mi viejo al lado yo olvidaba todas las horas sin él y mi soledad.

Al día siguiente de haber estado en la casa de aquel hombre fui a verte. El ceño fruncido hicieron más agrias tus palabras. El pedazo de mundo que creí todavía firme se vino abajo, te perdiste entre el fresco de la noche y el pensamiento de un indigente.

Al ver tus ojos, Rosa, recordé aquella primera mirada tuya que no vio mi atuendo. En ese momento, vi que ya no estaba. Me marché de tu vida porque pese a todo el amor que juro, todavía te tengo, no lograba reflejarme en tus pupilas como en las de aquel desconocido. Y eso me dolió.

La decisión no fue nada sencilla. Te perdí y así extravié también el sueño de una vida feliz al lado tuyo. Ya nada me quedaba. O tal vez sí.

De regreso a mi casa vi la lámpara vieja de mi padre. Lo entendí: esa luz daría una atmósfera de calidez a la casa bajo el puente; llevarla, sería lo mismo que hacer de ahí mi hogar.

Estoy seguro que, de buscarme no lograrías reconocerme. Ya no soy nada de lo que un día tú viste. Ahora soy yo: ahora vivo, Rosa.

### *Kire, un hombre sin espacio*

Quizá no tengo alas... pero eso no significa que no pueda volar.

✕

Lo conozco desde hace mucho tiempo. Él es un chico blanco, sus ojos son grandes con un tono café desierto; sus labios son delgados y, al abrirse, dejan ver unos dientes casi perfectos. Su altura complementa lo delgado de su figura. Jamás engorda pese a que devora como un oso. Yo soy una chica de estatura media. Con el cabello lacio y negro, blanca no nieve, sino blanca leche. Mis ojos son oscuros y mis labios delgados al igual que el resto de mi cuerpo.

A él raramente lo veo triste. Es como un niño grande que en todo tiempo le sorprende el mundo. Él tiene muchos conocidos y le encanta andar de un lugar a otro. Creo que lo hace porque no se siente parte de ningún sitio y sí de todos. Yo soy tímida y me cohíbo fácilmente. A mí me gusta más la soledad, la de mi habitación, la de mí y la de Kire.

Desde hace algunos días Kire está muy raro. Se ha rehusado a contarme qué pasa y no me sorprende, pues pese a los años que llevamos siendo amigos, Kire sigue siendo un tesoro bien enterrado. He decidido que hoy en la tarde le forzaré a decirme qué ocurre. Prometo que, cuando lo haga y después de que se marche, correré a contártelo a ti.

Ahora me voy. Kire ha tocado el timbre.

✕

Abandona la pluma y sale corriendo. Atraviesa la sala y abre la puerta. Allí está Kire con la mirada agachada.

Nancy toma una chamarra y sus llaves. Ya en la calle, el silencio los invade. Nancy quiere hacerle preguntas pero no se atreve. Teme incomodar a Kire. Él la mira.

— ¿Algún plan para tu cumpleaños? — pregunta Kire.

— Nada diferente.

Kire suelta un suspiro como esperando que su secreto sea expulsado al mundo.

— Me han salido alas.

Nancy no quiere creer que, bajo la chamarra que cubre la espalda de Kire, hay unas alas que pronto estarán listas para emprender el vuelo.

— Si no me quieres contar qué te pasa no tienes por qué mentirme.

— No te miento.

— Muéstramelas.

— ¿Aquí? ¿Y si alguien las ve?

— Quién las va a ver, con este frío la gente prefiere estar en su casa que ver tus alas.

— No te rías.

— No me río. Lo mejor es que nos vayamos. Otro día hablaremos de alas y unicornios.

Kire siente el deseo enorme de despojarse de su chamarra y mostrarle el fenómeno que es. Pero no lo hace. Siente temor de que Nancy se asuste

✘

Kire es un pesado. Me dijo que tiene alas. Se marchó sin decir qué es lo que realmente le pasa. Yo no haré más preguntas. Estaré lista para hacerlas cuando él esté preparado para contarme lo que le ocurre.

✧

Kire me pidió que lo vaya a ver. Me encontraré con él en unos minutos cerca del lago. Espero que no salga con una de sus bromas.

✧

Nancy sale de su habitación y se dirige al lugar acordado. Allí está Kire.

— ¿Querías verlas?

Kire se quita la camisa. Ahí están. Unas alas que prometen crecer con el paso de los días. A Nancy le parecen dos almohadones blancos leche. Las mira sin decir palabra alguna. Kire se pone la camisa y abotona el abrigo.

— ¿Cómo fue?

— No sé. Solamente recuerdo que una noche soñé que volaba. Podía ver cómo te hacías pequeña, pequeñita, hasta que te perdía de vista. Cuando me desperté sentí una enorme picazón en la espalda pero no hice caso. Después mi piel estaba irritada y llena de puntos, puntos que se abrían para dar paso a plumas. Se veía asqueroso.

— Son hermosas.

— No dirías eso si hubieras estado desde un principio.

— ¿Qué vas a hacer?

— Quiero que cortes las alas.

✧

Hoy vi las alas de Kire, son hermosas. Está asustado. Yo también.

✧

Han pasado días y Kire olvidó felicitar me por mi cumpleaños. Esa noche entré a mi cuarto y despegué todas las fotos en donde él aparecía. Estaba dispuesta a tirarlas pero no lo hice. Las guardé. Después de unos días las saqué para verlo a él. Le he mandado mensajes y nada que contesta. Él jamás se aleja por tanto tiempo. Tengo miedo de que algo le haya ocurrido. Mañana iré al lago. ¿Ya se habrá cortado las alas?

✧

No pude verlo por ningún lado. Kire no está ni en su casa. Mientras esperaba sentada a las orillas del lago recordé cuando Kire me dijo que sentía que no era de ningún lugar, que a él le gustaba ser de todas partes, que era libre y que algún día el mundo entero lo sabría. No quiero que sea libre, si eso significa que me olvidará.

Ayer me soñé sentada a las faldas del lago. El agua lucía clara, casi transparente. Dentro, nadaban pescados anaranjados y blancos con manchas negras. Yo deseaba tocarlos pero se movían tan rápido que en un instante el lago estaba solo. Alcé mi vista y vi a Kire. Llevaba sólo un pantalón negro y tras de él se extendían unas alas enormes, blancas, infinitas. Grité su nombre, pero él no me escuchó. Sentí cómo me iba haciendo pequeña y él cada vez más lejano. Desperté sudando. Vi su mensaje: Quiero verte. Búscame donde siempre a las seis. Te extraño.

Estoy ansiosa por verlo, quiero contarle mi pesadilla.

✧

Nancy llegó a las seis. Kire no está. Ella aguarda sentada recordando que la puntualidad no es una de sus cualidades. Contempla el cielo y en sus pupilas se dibuja un punto negro que

avanza hacia ella. Se hace más y más grande. El ser que surca los cielos tiene tanto control en el aire como si hubiera nacido en él. Nancy reconoce a Kire. Sus pies quedan suspendidos en el aire y el aleteo constante provoca un viento que eleva todo, menos el cuerpo de Nancy. Poco a poco las alas dejan de agitarse. Kire está exhausto. Su viaje ha durado muchas horas.

— Pensé que ya las habías cortado.

— ¿Cortarlas? No estoy loco. Puedo ir a donde quiera.

— ¡Hay que cortarlas!

— Pensé que te gustaban.

— Las odio.

— No dijiste eso antes.

— Mira en que te has convertido.

— ¿En qué?

— No quise decir eso.

— Lo dijiste.

Para Nancy la belleza de Kire es incomprensible.

Los dos son envueltos por un silencio. Ella mira el lago y contempla el reflejo de Kire y sus alas. Kire centra su mirada en una gran piedra con forma de cabeza humana. Vista desde ese ángulo le parece semejante al rostro de Nancy.

— Me voy —dice Kire.

— ¿A dónde?

— No lo sé.

— ¿Y tu familia?

— Si te preguntan di que no sabes nada.

Nancy lo mira, para ella es como un caballo que aprendió a volar.

Mientras sus alas se mueven, Kire piensa en lo que le espera. Nancy lo contempla en silencio, odia la forma precipitada de actuar de Kire.

✂

Me pregunto si algún día a mí también me saldrán alas para irme lejos... como él.

✂

Han pasado dos años desde que Kire se marchó. Nancy no ha faltado ninguna tarde al lago. Pero ésta vez no irá. Su autobús sale a las seis. Sube a la parte trasera del carro. Me han salido alas, piensa, para, en seguida, sentir la vibración del motor. El auto avanza.

Un punto negro se detiene cerca del lago. Las alas de Kire cesan de revolotear. El lago ha comenzado a secarse y la piedra con forma humana ya no está. Kire se sienta a esperar a su amiga. Piensa que quizá ella ya aprendió a volar.

## *La danza de la libertad*

Muchas veces me vi en el espejo del baño y sin duda era mi rostro, mis ojos: era yo sin serlo. ¿Por qué no podía volver a mí y abandonar esa extrañeza?

Mis palabras no afectaban nada. Era como si la gente fuera un contenedor enorme en donde lo que decía era desechado. Así que preferí callar, guardar silencio ante lo que pasaba y reservar mis ideas sólo para mí. Además, no podía nombrar eso que perdí... No tenía carne ni huesos así que, cómo hacerlo. Solamente sé que un día desperté y ya no estaba, así supe de su existencia. Primero se marchó él, ellos y después yo.

No era única y especial, como aquel predicador me lo había dicho una tarde. También me había mentido al decirme que la verdad me haría libre, porque justo desde el momento de saberla me sentí presa de ella.

La vez que regresó Andrés no regresé yo. Me hubiera gustado abrazarme a él como durante años lo hice. Pero el cariño de amigos había sido sepultado bajo palabras agrias y acciones mal pensadas que a toda luz mostraban que lo nuestro se había terminado. Ahora parecíamos enemigos dispuestos a terminar uno con el otro.

Esto fue el inicio de mi extrañeza. Lo medité mientras él me hablaba de las cosas que hizo durante mi tiempo de ausencia. Yo creo que sigo ausente. De él lo único que ha cambiado es el armazón de sus lentes, ahora son blancos con unas huellas de pie que lo hacen entrar, según él, en onda. Yo no mencioné palabra. Preferí dejar en la nada mi opinión.

Él siguió hablando, como si pudiera recuperar en unos minutos el año que se había ido. “Te ves más delgada”, dijo. “Bajo en la estación que viene”, contesté. Para mí él ya me había

bajado de su metro desde hacía mucho tiempo. Tomé mi maleta. ¿Podemos vernos mañana?, “yo ya no le contesté”.

Voy camino al salón y trato de despojarme de toda idea. Al llegar a la academia me siento en el piso y dejo salir el aire que tengo atorado en mi estómago. Bajo mi pantalón y me quito la blusa para ponerme la ropa de baile. Entre mis manos juego con el caderín. Las monedas suenan. Lo hacen como cantando una melodía, pero en otro idioma porque no logro entenderlas.

Es jueves de improvisaciones. Contemplo a mis compañeras que comienzan a estirar sus piernas y que sacuden sus caderas como queriendo desempolvarlas.

La maestra Lidia entra al salón. De su mochila saca unas telas translúcidas de diferentes colores. Sonríe. Yo he olvidado hacerlo desde hace mucho. Las muchachas y yo tapamos las ventanas con telas, corriendo de un lado a otro me parecen ser ninfas. El salón adquiere poco a poco destellos de luz multicolores y nosotras hemos abandonado el color de nuestra piel para ser verdosas, amarillas, rojas, azules o rosas. Somos una combinación de ese mundo que creemos conocer pero que desconocemos infinitamente.

Empieza la música y todas movemos nuestro cuerpo olvidándonos de la técnica. Parece que sólo queremos bailar, dejar de ser nosotras y transformarnos en sonidos, en notas, en música. Yo quiero olvidar mi extrañeza y encontrarme en el *dum*... no puedo hacerlo.

La maestra me mira como no encontrando ningún talento artístico. Yo no soy bailarina y dentro de poco dejaré de ser Mildred, le grito en silencio.

La clase termina. Ha sido una hora y media infinita. Entro al baño y me despojo de estas ropas que me quedan grandes. Me miro al espejo: sigo siendo yo, sin serlo.

A pocos días de que se marchó Andrés, también se fue mi hermano. Era triste entrar en la casa y no verlo. Cuando llamaba me preguntaba cómo estaba, yo decía que bien, no quería agobiarlo contándole de mí. Después, la pérdida de mi perrita. Creció conmigo y terminó su vejez en otro lado. Muchas tardes salí a buscarla, pero no la encontré. Lloré por noches imaginando cómo se sentía en un lugar con gente extraña. Yo me sentía igual.

Subo mi pantalón y lo abrocho. Salgo del baño. Solamente está la maestra. La luz le da a su presencia un aire de sensualidad, de paz. ¿Por qué no puedo ser ella? Me pongo los zapatos.

— ¿Estás bien?

— Sí. Me estaba cambiando.

Tomo mi maleta y me dirijo a la puerta.

— ¿Tienes unos minutos?

Me acerco a ella.

— ¿Sabes por qué bailamos descalzas?

— No.

— Porque despojarse de los zapatos es dejar fuera de nuestro cuerpo elementos basura. Al bailar éstos nos estorban. Los pies descalzos nos ponen en contacto con el mundo. Los antiguos pensaban que, al bailar de esta forma, la voz de la tierra subía y se exteriorizaba con movimientos.

La miro.

— Quiero que te pongas aquí.

Me coloca en medio de la pista.

— Yo empezaré a bailar y tú lo harás cuando estés lista.

Los tambores suenan. La maestra comienza a mover su cadera al ritmo de los tambores. Alza sus brazos intercalados para después levantarlos juntos como dos alas que se agitan para comenzar un vuelo. Los tambores van más y más rápido y la cadera de la maestra se ladea de lado a lado. De pronto, los tambores se ven interrumpidos por un lapso de aire, un aire que logra envolvernos. Ella ha extendido un velo y lo deja caer lentamente. La tela toca el piso y la música va rápido, sus caderas van con ella, va más rápido y su cuerpo también, gira y gira. Yo quiero llorar, pero no por el polvo que hay en mis zapatos, sino porque me veo en ella: soy ella.

El viento otra vez. Mi cuerpo se estremece, es como si el aire audible penetrara en mi cuerpo. Me balanceo. Soy el velo, la tela que levanta el aire y que cae. Estoy en el piso. Otra vez los tambores y me levanto ladeando mi cadera, primero derecha y después izquierda. Giro mi cabeza. Soy música, sonidos, soy el *dum*.

La maestra se ha perdido entre el negro que veo al parpadear y los multicolores del salón. La tierra habla, grita, soy su voz. Me encuentro y me fundo en la danza. Ahora entiendo qué es aquello que perdí, qué es lo que dejé ir con lo que se fue. No voy a retenerlo, que se marche. Doy un giro. Mi presa se escurre por mi frente, fui el recipiente de ésta y me he roto, la libertad inunda el salón, la libertad se sigue desparramando.

## *Tras de la puerta*

No logro ver quién me persigue. Las calles se hacen estrechas y apenas siento que respiro. Todo está muy oscuro. Un cosquilleo recorre mi nuca, es sutil como una caricia pero estremecedor como una borrasca. Me pesan los pies y, por más esfuerzo que hago por correr, no avanzo. Tengo la sensación de que alguien me quiere hacer daño, pero quién.

Escucho una respiración, tras de mí. Es suave y pausada. Tengo miedo. ¿Dónde estoy? La exhalación tras de mí se hace más intensa. Quién es, quién me sigue, qué quieres, qué...

El teléfono suena y me saca del sueño. Estoy sudando. Contesto.

— Te veo a las cuatro en punto en el departamento #22. Reconocerás el lugar de inmediato. No tardes. Todo va a estar bien. Es una promesa.

— Qué ocurre... yo... ¡Bueno! Lamsel.

Miro el reloj. Es la una de la tarde. ¿Cómo pude dormir tanto?

Fuera de casa todo parece tan normal. “Va a llover”, me dice un vecino. “Espero no mojarme”, contesto. “Tranquila, todo va a estar bien”, volteo a verlo pero ya me dio la espalda.

Doy vuelta en la calle Gardelia. Quiero atravesar la avenida pero un muerto me lo impide.

— ¡Dicen que se suicidó!

— No. Lo aventaron. Y la policía que no llega. Nunca está cuando se le necesita.

— ¿Lo aventaron? —pregunto a las mujeres.

— Sí, desde allá. Donde está el vidrio roto. ¿Sí ve, allí? —Me señala con el dedo el lugar.

— No seas necia, se suicidó. Todos sabemos que estaba loquito. Ya ves, el pobre soñaba

cosas extrañas.

— ¿Soñaba?

— Sí, decía que alguien lo perseguía, que alguien lo quería lastimar. Tan joven que era. Y mire que no era feo.

Giro la cabeza para ver al muerto. Sus ojos abiertos parecen mirarme. Jamás me ha gustado ver a la gente fallecida. Mi abuelo decía que si mirabas a los ojos al muerto, algo de su esencia se quedaba en ti. Desvíó mi mirada. No quiero partículas del fallecido en mí. Entre la gente una mujer me mira.

— Fíjate que me contó que una ocasión vio a una mujer.

— ¿Una mujer?

— Sí. No tenía cuerpo, sólo cabeza. —Comentan las mujeres que siguen como espectadoras de la muerte.

El rostro de la mujer que hace unos segundos me miraba se aleja. No puedo ver su cuerpo. Yo la sigo.

La mujer se ha detenido afuera de un edificio viejo. Estoy segura que nadie vive aquí. Las ventanas están tapadas por plásticos y de algunos balcones cuelgan harapos. Ella sube las escaleras.

Leo #22. Es el sitio en donde Lamsel me espera. Toco la puerta y él me abre.

—Pensé que jamás llegarías. ¿Estás bien?

— ¿Dónde está?

— ¿Quién?

— La mujer que me trajo.

La habitación es pequeña. Al fondo hay una ventana circular por la que apenas siento pasar aire. Afuera, el tiempo se ha detenido. El silencio en ambos espacios me resulta espantoso. El oxígeno es escaso. Quiero salir. No puedo respirar y escucho el bombeo de mi corazón. Aire, sí, respirar aire y no el polvo de este lugar que no acabo de reconocer.

Busco la puerta y...

— Está cerrada. No vas a salir de este lugar. Es el único sitio seguro. —Dice Lamsel. Sostiene una llave.

— ¿Seguro?

— Si abres no habrá forma de cerrar y no podré hacer nada.

Lamsel ha protegido la puerta con una cadena oxidada. Confío en él pero... no quiero quedarme aquí. El aire viciado me cansa.

¿Dónde está todo el mundo? Los caminos se hacen estrechos. No siento el paso del aire. Todo se hace oscuro. Un escalofrío me recorre y comienza a pesarme, pareciera que soy de plomo y, por más esfuerzo que hago por caminar aprisa, no avanzo.

Escucho una voz tras de mí. Me llama por mi nombre. No quiero voltear. Me detengo y respiro apresurada. Voy a mirar. Giro la cabeza y la veo. De su boca sale mi nombre. Sus cabellos lacios y oscuros le cubren el rostro. No veo su cuerpo. Es una cabeza que, no sé cómo se detiene. Sul, Sul, dice para dar entrada a un lamento eterno, estremecedor. Se acerca a mí. No puedo moverme. Cierro los ojos...

— Te quedaste dormida. No lo hagas.

— ¿Qué hora es?

— Las cinco.

Me parece que las paredes avanzan hacia mí. Tengo mareos. La habitación se torna más oscura. Lamsel sabe que tengo pánico cuando no puedo ver.

—Tranquila. Todo está bien –me dice sosteniendo mi mano. Lo frío de su piel me hace creer que estamos muertos.

La puerta comienza a estremecerse.

— Esto no podrá detenerlo, es más fuerte de lo que creí.

— ¡Abre, Lamsel. No puedo respirar!

— Si abres, yo no podré hacer nada. Me tendré que ir y no habrá forma de volver.

— Afuera no hay nadie y yo so...

Al fondo del cuarto veo la cabeza de la mujer que me indicó el camino. ¡Sul!, me dice con un tono quejumbroso.

— Allí está, Lamsel. Dile que se aleje. Qué se calle.

— No hay nadie, Sul.

Los golpes en la puerta se hacen más intensos.

El portón es golpeado con gran intensidad. Las paredes nos aplastan. La mujer avanza hacia mí.

No puedo ver quién pega a la puerta. Su fuerza es parecida a la de un animal enorme. Sólo oigo la voz de Lamsel.

— No abras.

— Prefiero eso. —Le arrebato a Lamsel la llave y abro la puerta.

Todo es silencio y yo cierro los ojos. Una ráfaga muy fuerte de aire pega en todo mi cuerpo. Siento que caigo. Abro los ojos... ella me espera abajo.

## *La barda*

Al amanecer la barda está ahí, infinita y alta como un rascacielos. A cada cinco metros hay una puerta, pero nadie tiene las llaves y nadie logra pasar al otro lado. No sería importante hacerlo si el agua no se hubiera quedado tras ella.

El pueblo, que está perplejo, no comprende quién pudo hacer de la noche a la mañana ese trabajo. Todos están asombrados, durante la madrugada ni un ruido presagió aquello. Las explicaciones abundan pero ninguna es racional. Guardan silencio. Una mujer grita: ¡vamos a morir!

Dos meses después el agua se ha acabado. El sacrificio de no bañarse y de resistir la sed ha sido vano. Las personas han olvidado el frescor de la saliva sobre sus labios. Ahora ésta es pasto seco, muerto y los labios grietas, líneas sin fruto. Algunos animales ya han muerto y otros morirán.

La gente mira de lado a lado: una enorme e infinita barda. Al lado de su grandeza, ellos parecen una miga de pan. Algunos llevan cuerdas, otros, escaleras. Las mujeres llevan llaves para probarlas en las puertas.

Alzan las miradas que topan con el cielo, no con el final de la muralla. No importan las cuerdas, las escaleras o lo que lleven para escalar, nada sirve ni funciona. Las mujeres buscan entre sus llaves, pero pronto se desesperan y abandonan su intento. Una de ellas se asoma por el ojal y la ve: agua limpia y cristalina. Entonces en su boca siente cuajar la saliva, la traga y se le queda atorada en el cuello de la vida.

¡Agua! Se escuchan las voces. ¡Queremos agua! Pero no hay nada que hacer, ellos son partículas a lado de un gran obstáculo; hormigas que pretenden atravesar un parque...

Uno a uno se van. Antes miran la barda y la maldicen. Ya no tienen fe, sólo creen en lo que pueden ver sus ojos: aquella barda enorme.

El paisaje ha quedado desierto. Un soplido de aire estremece los árboles. Una de las puertas se entreabre.

## *El otro*

Era yo la que se reflejaba en aquel pedazo de cristal, pero al entonar alguna melodía saltaba de inmediato algo: un intruso se había apoderado de mis cuerdas vocales.

Creeré que estoy loca, pero no digo más que la verdad. Alguien se ha posesionado de mí. ¿Dónde está mi voz? Estoy segura que no va a regresar. Pobrecilla. Tan melodiosa, tan suave, tan mía. Y yo tan de ella.

Pensaré que en determinado momento una fuerza desconocida me hace sacudir, actuar o hablar cosas que nada tienen que ver conmigo; que de pronto mi cuerpo adquiere más fuerza y nada me puede controlar o que en un momento me estremezco sin tener control de mis movimientos. Puedo pensar, decir y ser lo que siempre he sido: una mujer. Pero el malvado brota cuando de mi boca sale el más mínimo sonido, el más leve. Imagínese vivir así: vestir, comportarte y tener cuerpo de mujer, pero hablar como ese otro; hablar como un hombre.

La noche anterior a mi desgracia, todo fue de lo más normal. Una cantante, como yo, no puede darse el lujo de enfrentar el invierno sin usar una bufanda en su cuello. Allí estaba yo, atravesaba las calles para llegar a mi casa, el sitio, según yo, más seguro.

No me detuve a comprar nada. Deseaba llegar y prepararme leche caliente con algunos malvaviscos. Eso es lo que merecía mi voz, mis cuidados, mi cariño; pues mi voz es lo que me hace distinguir de los otros, de las otras, de ese otro mundo.

Cuando descubrieron mi talento era apenas una niña que asistía a clases de piano pero que, fastidiada por lo corto de sus dedos, se inventaba cientos de excusas para evitar tocar. El

profesor Francisco siempre supo que todo era una farsa, que mis males no era más que una invención, y la aceptaba. Quizá porque jamás vio futuro en mis dedos tan cortos.

Una vez, mientras esperaba su llegada, canté una canción que había aprendido en la escuela. Allí, en ese salón grande, solo e iluminado, me sentí todo, menos yo. Me balanceaba de un lado para otro, mientras que de mi boca salían las notas infantiles. Allí lo supe y el profesor también: no era buena para tocar el piano, pero sí para cantar.

De allí en adelante mi vida se transformó. Ya no era una niña cualquiera, sino el talento más prometedor.

Conforme fui creciendo mis sueños y mi futuro también lo hicieron. Multitudes acudían a verme. Querían oír mi interpretación para estremecerse con cada sonido. El espectáculo resultaba todo un éxito. Veía a la gente salir emocionada de cada concierto, otros llorando de la emoción de verme y escucharme. El triunfo me rodeaba y yo no tenía más que engrandecer lo que portaba.

Esa noche llegué a la casa. Cumplí mi rutina y me dispuse a descansar. Me dirigí al tocador e hice las gárgaras que mi amiga me había recomendado días antes. Entré a la cama y, entre las sábanas, me abandoné al sueño.

Ahora que lo pienso, en éstos me fue advertida la desgracia que estaba a punto de vivir. Sí, a usted también le ha pasado. Son esos sueños en los que ocurre aquello que en la vida real pareciera imposible. Al abrir los ojos toda imagen se va. Pero una vivencia trae, como un *flash back*, aquello que se vivió en el sueño. A mí me pasó.

En mi sueño, caminaba de un lado a otro. Buscaba algo. No sabía qué con exactitud, pero estaba angustiada por no hallarlo. Aquí, allá y nada. Subí las escaleras, entré a mi habitación y

quedé de frente a un espejo. Era yo la que se reflejaba en aquel pedazo de cristal, pero al hablar, al emitir un mínimo sonido de inmediato sobresalía algo. Sí, mi voz no era ya más mi voz. Y eso me asustó. Di unos pasos hacia atrás y caí, caí y caí en un hoyo que no tenía fin. Caí más y más y... desperté.

El reloj marcaba las siete de la mañana. En mi frente se dibujaba sudor y mi garganta me dolía. No abandoné la cama. Sonó el teléfono y no contesté. Llamaron a la puerta y no respondí. Insistieron tanto que el silencio que se respiraba en mi cuerpo me sobrecogió. Después de un rato decidí levantarme.

Caminé hasta la cocina. No, no hablé. Para serle sincera recuerdo no haber hecho ruido alguno. Abrí el refrigerador, busqué algo para comer y al no encontrar nada lo volví a cerrar. Me fui a sentar a la sala. Allí quedé de frente a un espejo. Me miré exhausta y por momentos, viéndome detalladamente, sentía que algo extraño vivía en mí.

Regresé al cuarto. Yo sabía que no había nadie, yo era la única que ocupaba ese espacio, pero tenía la sensación de no estar sola. Me senté en la orilla de la cama, quedé frente al tocador. Me miré. Con mis manos recorrí mi piel, acaricié mis largos cabellos y con los dedos delineé mis labios. Llevé las manos al cuello. Me puse de pie y tosí.

Me asusté cuando, junto con mi tosido, el ladrón también había hecho el mismo sonido. Estaba segura que me observaba desde algún punto del cuarto y se mofaba haciendo los mismos ruidos que yo. Llamar a la policía no serviría de nada. Podría asesinarme caminando al teléfono o mientras aguardaba la llegada de la ayuda. Esperé a que el individuo hiciera algo. No fue así. Por lo visto, era paciente y la reserva su mejor cualidad.

Mi aliento se escuchaba pero la respiración del extraño, no.

— ¿Quién está allí? –Pregunté.

Por fuera, estaba yo sola. Pero, de alguna forma, él había logrado entrar en mí. Lo delgado de mi voz, había sido sustituido por lo gruesa de otra.

Pensé que el consejo de Dulce, mi amiga, había provocado este desastre. Le llamaría para que ambas buscáramos solución pero, ¿me creería? o quizá, asustada, colgaría la bocina y pensaría que alguien me había secuestrado y llevado lejos. Que nunca tendría noticias de mí, que jamás me volvería a ver. No, no quería hacerle pasar ese momento tan desagradable. Yo podía buscar y encontrar una solución.

Sentí que mi cuerpo se estremecía. Evitaba pasar por los espejos y decir algo. No quería escucharme. Tenía miedo. Quería creer que todo era un mal sueño.

Alguien llamó a la puerta. Era mi novio.

— ¿Susana?, abre. Soy yo, Daniel.

Abrir, cómo iba a abrir. No, ni pensarlo.

— ¿Estás bien? Me dijo Dulce que no contestas el teléfono y que tampoco quieres abrir. Susana, me estás espantando. Solamente quiero saber si estás bien o si necesitas ayuda.

Daniel es un encanto de hombre. Lo conocí una noche después de un concierto. No es tan dotado físicamente ¿sabe?, pero quedé fascinada con él desde la primera cita. Estoy segura de que es todo lo que una mujer puede pedir: sensible, tierno, callado, risueño, romántico. Por eso no podía salir y mostrarme así ante él.

Pensaba en qué hacer cuando tosí.

— ¿Con quién estás? ¿Estás con un hombre? ¿Pasaste la noche con alguien? ¡Ábrela la puerta! ¡Ábrela o la tiro!

Había arruinado todo. Daniel no me iba a creer palabra alguna. Dos años de una relación habían quedado estropeados por un descuido. Abrí.

— ¿Dónde está?, ¿quién es?

No dije nada.

— ¿No me vas a contestar? Qué cínica eres. Y así decías quererme. Pero claro, cómo una persona tan importante como tú iba a ser feliz con alguien como yo.

No mencioné palabra alguna.

Revisó toda la casa. Estaba como loco. Me miraba con dolor y con odio. No fui capaz de explicarle lo que me había ocurrido.

— Pero qué estúpido ¿verdad? Él ya se fue. Ya no está. No vas a volver a saber nada de mí, Susana. Olvídate de que existo, olvídate de nuestros planes. Hemos terminado y no quiero saber nada de ti. No te quiero volver a ver.

Mi silencio dijo todo. Se fue sin voltear a verme. Jamás regresó.

Seguí sin hablar. No tenía caso hacerlo. Dejé de comer y de preocuparme por mi cuidado personal. Sin Daniel y sin mi voz ya nada tenía razón de ser. Yo era un monstruo y, como tal, tenía que dejar de existir. Mi carrera estaba arruinada al igual que mi vida. La muerte. Sí, eso era lo que quería, morir.

Días después tocaron a la puerta. Pensé que Dany había regresado pero era Dulce.

— Estoy preocupada. Todos queremos saber de ti. Daniel me dijo lo que pasó...  
Solamente quiero saber cómo estás.

Quería ver a Dulce. Llorar con ella. Pero no lo hice.

— ¿Quién es? —dije con mi voz gruesa.

— ¿Dónde está Susana?, ¿qué le hizo?

— Susana ya no vive aquí. Se marchó hace un par de días.

— No pudo irse así, sin despedirse.

— No dijo a dónde se iba. Pero llevaba muchas maletas.

— ¿Puedo pedirle un favor?

— Dígame.

— Si llegara a venir, dígame que Dulce estuvo aquí. Que se comunique conmigo. Que quiero saber de ella y que estoy muy preocupada. Puede llamarme por cualquier cosa, por favor.

Dulce introdujo por debajo de la puerta un papel. Allí estaba su número.

Fue entonces que sentí algo diferente correr por todo mi cuerpo. No me había disgustado mucho jugar el papel de un hombre. Al contrario me había divertido. Era como interpretar algo que en apariencia no era, pero que en otro sentido, sí.

Me levanté. Comí algo. Me bañé y me cambié de ropa.

El silencio embargaba el espacio.

*¡Abrázame! y no me digas nada; sólo abrázame.*

*No quiero que te vayas*

*pero sé muy bien que tú te irás.*

Cantó Alejandro Fernández en el departamento vecino. De pronto, como si el talento renaciera en mí, acompañé al charro en su dolor:

*Si tú te vas, se irá contigo el tiempo y mi mejor edad*

*te seguiré queriendo cada día más*

*te esperaré a que vuelvas. Si tú te vas...*

Por mi mente atravesaron los momentos más hermosos de mi vida. En todos ellos la protagonista era mi voz. Pese a toda súplica, ella se había marchado, pero no todo era malo. Mi talento seguía tan vivo como cuando pequeña. Aquella libertad y el entusiasmo volvieron.

Durante semanas continué sin salir. En mi cabeza pensaba que la gente era extraña y que todos éramos propensos a ser víctimas de algo inexplicable. Un nuevo comienzo era lo que necesitaba. Un sitio en donde pudiera seguir siendo mujer y asimilar que también era hombre.

Empaqué mi ropa y cosméticos. Era una mujer sin duda alguna la que abandonaba ese espacio. Pero no quería irme así. El tiempo con el otro me había hecho apreciarlo. No quería ofenderlo haciéndolo sentir huésped de una mujer totalmente mujer. Así que tomé un estropajo y me inventé un bigote.

Abordé un taxi conducido por una mujer que se sorprendió por lo que veía y oía. A mí no me importó. Salí para perderme en la oscuridad de la ciudad. Sabía que en mi nuevo comienzo, el otro iba conmigo.

### *Otro cuento*

Abordó el vagón del metro que estaba lleno. Con algunas complicaciones, pudo abrir las páginas de una revista. *Some dancers swear by it; others cringe at the very thought. The presence of chiropractors on the health scene has been...* De pronto fue interrumpida por el golpe de un bolso. Ni disculpas le pidió la mujer que, aparte de todo, decidió ignorarla. Ella pasó la hoja y continuó la lectura sin entender nada. Quizá sean los muchos idiomas los que nos impiden entendernos, pensó. Cerró la revista.

El metro se detuvo en medio del túnel y la luz se apagó. En instantes, sintió un brazo estirarse, otro bajar, una pierna doblarse y muchas cabezas volteando de un lado a otro. Pero el movimiento no era sinónimo de vida para ella. Había también un movimiento de la muerte. Lo sabía porque una noche encontró una lombriz bajo el lavadero, la contempló, quiso tocarla con su dedo pero el asco la hizo retroceder. Fue a la cocina por sal y la roció sobre el cuerpo del animal. La lombriz se retorció de un lado a otro. Ella era la única testigo de su crimen, pero no sintió remordimiento alguno. Tomó más sal y la vertió. La lombriz perdía fuerza, quería sacudirse de la muerte pero ésta la había sepultado y ante ella qué puede hacer una pobre lombriz. La vida se le escapó. Un codazo la hizo salir de su recuerdo. El vagón estaba lleno de lombrices.

Cuando el metro avanzó decidió bajarse en la siguiente parada. Tenía por costumbre dar largas caminatas sin ningún rumbo. Así había conocido calles a las que jamás había sabido cómo regresar y visto lugares que jamás había podido volver a ver. Para ella era emocionante porque creía que lo más hermoso de la vida era perderse entre sus caminos y jamás saber regresar a ellos. Y todas estas calles y lugares, y el poco talento de ella para no recordarlos eran una metáfora de la vida.

Se detuvo cuando la vio. Era una iglesia vieja. Sus puertas estaban cerradas. Ella se sintió dentro de la capilla porque un silencio beato inundó el sitio. Se sentó en una banca oxidada y comenzó a leer la iglesia. Su arquitectura era barroca, innumerables ornamentos dorados la decoraban de arriba abajo. Sus puertas de madera rústica contenían figurillas de pétalos cayendo al azar. La asunción, la resurrección y otras escenas bíblicas se representaban con estatuillas inertes, que tenían los ojos bien abiertos pero nublada la mirada. Qué caso tenía entonces que estuvieran ahí, si al final sólo eran eso, personas sin vida, humanos que habían cedido su cuerpo para dar un mensaje a estatuas andantes, pero al final, estatuas.

En el portillo estaba representada la última cena. Eso le recordó que no había comido. Despegó sus ojos de la iglesia para sacar de su mochila algo que calmara su hambre. Se disponía a levantar la mirada cuando en la columna izquierda, entre todas las figurillas que adornaban la iglesia, algo llamó su atención. Se levantó. Se acercó. Vio una banca, y en la banca una persona sentada con el cabello recogido en una coleta y en sus manos un objeto muy pequeño. Los rasgos le resultaron familiares y desentonados con la arquitectura. La miró con mayor profundidad: una banca, una joven, sus cabellos... era ella. Se tocó y en segundos regresó su mirada a la figura. La miró con detenimiento y en sus entrañas sintió repugnancia porque jamás se había detenido a contemplarse como lo hacía ahora. ¿Cómo es posible que yo sea así? Con sus dedos recorrió su cabello frío hecho de piedra. No puedo ser esto... se repitió. Pero mientras sus dedos tocaban la estatuilla, confirmaba que no era un error.

En un instante una piedra en su mano. Se miró. Ella no era piedra, aquella capilla no era su lugar. Golpeó la columna. Un pedazo de cabello se desgajó y después la mitad de su ojo. Pegó con mayor fuerza. Continuó sin compasión. Cayó la nariz. El polvo griseaba sus zapatos. Continuó y continuó hasta no dejar rastro de ella. Un pequeño hueco en la obra y, sin saber por

qué, un vacío dentro de ella. Soltó la piedra, desempolvó sus zapatos, tomó su mochila y se perdió en la ciudad.

### *A tiro de piedra*

Le habían dicho que aquel lugar era diferente. Que las tardes del otoño eran rosadas y que, en tiempo invernal, el cielo se llenaba de estrellas con vida. La simple idea la entusiasmó, estaba cansada de verlas brillar creyéndose vivas. Desde los primeros rumores, comenzó a sentir que la ciudad se hacía más y más grande y las calles más anchas, lo suficiente para no dejar que los pasantes se tocaran ni por error.

Una noche, después del trabajo, preparó la mesa: colocó su mejor florero, puso dos platos, dos cucharas, dos copas. Sirvió. Se sentó de frente al reloj. Lo miró como contando los minutos para que el timbre sonara: dos, cuatro, seis... treinta minutos y el timbre no sonó. Comenzó a beber la sopa. De pronto, el ruido se ausentó. El zumbido de una mosca podía oírse. Se detuvo en el plato y sorbía de la sopa. La mujer comenzó a llorar.

La soledad que sentía se acentuó más cuando oyó sobre el pueblo llamado “A tiro de piedra”. Ahí toda la gente te saluda, te mira a los ojos, dijo una señora que juró haber ido. Había llegado el momento de admitirlo, ella quería tocar algo más que el brazo frío de la máquina que por años había manejado; dibujarse en los ojos de un ser humano; no evitar miradas como la gente vivía haciéndolo.

La mosca seguía alimentándose. ¿Y si la mosca también quería ir a ese lugar? Para todos debe haber un espacio ahí. La llevaré conmigo. El insecto deslizó su pata contra la otra. Regresó al platillo y, de reojo, vio la sombra enorme de algo. Quiso emprender el vuelo pero no pudo. Había sido atrapada por un vaso. Revoloteaba y revoloteaba pegando con las paredes de cristal, pero era en vano. No podía salir.

Quizá se resista al cambio de ambiente, ¿quién no lo hace?, pensó Taly. Yo también lo he hecho. Pero ya es tiempo. Esta ciudad comienza a cansarme. Miró el vaso, la mosca ya estaba quieta, como muerta, como jugando a los asfixiados. Entonces Taly dejó pasar un poco de aire... ¿Ahora me entiendes? Por eso debemos marcharnos.

Cuando tuvo el boleto del tren lo acarició. Tenía que deshacerse de él en unos minutos. Así que lo tocó como cuando se sabe que será la única vez en que se acariciará lo que se ama. Avanzó con el vaso en la mano. Mujeres, niños y hombres se despedían de sus parientes, algunos sollozaban; mientras que otros sonreían nerviosamente.

Ella lloraba en silencio. Apenas un gemido y lo opacaba con un tosido mal fingido. Nunca había sido buena para engañar. Ni a ella misma. Allá todo será diferente, dijo. Todo será diferente. Repitió. Todo será diferente, rezó una y otra vez. Tiene que serlo. Lo han dicho. Sus pies caminaron más rápido. Sentía que todos la veían pero ella no le preocupaba nadie. Todo será mejor, querida amiga, le dijo a la mosca. Allá seremos libres.

Entregó el boleto sin mirar al hombre. Qué importaba un pedazo de papel a lado de ese gran sueño que podía ver casi realizado. Subió el pie: Adiós a esta ciudad, adiós a esta gente, pensó. Subió el otro pie y giró el vaso para que la mosca pudiera ver de frente. Ésta contempló el panorama y en unos segundos estaba de espaldas al paisaje. Será un nuevo comienzo para ambas, dijo Taly.

Su asiento estaba cerca de la ventana. Al lado de ella un chico como de 25 años y, enfrente, una pareja de jóvenes que entre beso y beso, decían oraciones intangibles. Taly vio entrelazar sus manos, y el apretón que él le dio a ella. Quizá símbolo de una promesa, de un nuevo inicio.

En el camino, la mosca y Taly decidieron guardar silencio. Una cerró los ojos y otra los mantuvo bien atentos a todo lo que ocurría.

A tiro de Piedra, gritó una voz. Ella se paró de inmediato con el vaso en una mano y con el equipaje en la otra. Al parecer sólo ellas arribaban a ese sitio. Qué poco interés tiene la gente de mejorar su vida, pensó.

Destapó el vaso. La mosca no salía. Vuela, vete. Agitó el vaso y la mosca quedó patas arriba. Por alguna razón su amiga había muerto en el viaje. Cómo pudo pasar. Cómo no me di cuenta, pensó Taly con lágrimas en los ojos. Te daré una merecida sepultura, dijo Taly.

— Disculpe –preguntó a un hombre que pasaba. El hombre se detuvo y miró el reloj, Taly buscaba su mirada pero no pudo encontrarla.

— Busco el lugar para enterrar a mi amiga –extendió la mano mostrando el cuerpo de una mosca.

— Vieja loca, murmuró el hombre.

### *Lo que nunca habité*

He terminado de empacar mis últimas cosas. Miro las cajas y pienso en la basura que llevo en ellas y en lo difícil que es abandonarla. Si por mí fuera, me llevaría también los clavos que coloqué para colgar cuadros o fotos. Pero sería absurdo. Cómo podría decirle al de la mudanza, espere, falta mi caja de clavos. También quiero llevarme los chicles que escondí muy bien tras el sillón y que resultaron muy buenos para tapar orificios. Vistos desde aquí, tengo que reconocer que los colores y la forma en que están puestos me da aires de artista, de una muy moderna.

Cuando llegué a este lugar jamás pensé en abandonarte. Uno habita el espacio y permite que éste lo habite a uno sin pensar que un día alguno de los dos tendrá que despedirse. Yo lo hice así. Habité tus paredes, el piso, las ventanas... te habité a ti y sin darme cuenta también comenzaste a habitarme. Innumerables veces me desprendí de mis lujos para dártelos. Cómo olvidar cuando te pinté. Recompensé tu paciencia con un florero, lamento no haberlo llenado nunca con flores. La relación entre ambas era la misma que hay entre humanos. Yo hacía y tú respondías por medio del desagüe, en cada gota que caía de la llave del lavabo o a través del trueno del piso de madera. Me hubiera gustado habitarte siempre. Pero es imposible. La llegada de Anailil lo inició todo. Si hubiera sabido que esto iba a ocurrir así, no le hubiera ofrecido mi casa. ¿Pero cómo negarme ante la necesidad de un techo? Será por un tiempo, me dijo con una sonrisa, así transcurrió un año y Anailil ni muestra dio de quererse marchar.

La primera vez que abrí la puerta y vi a Anailil pasando de una habitación a otra, sentí que una intrusa había tomado posesión de mi casa. Respiré profundo, pero ni todo el aire del mundo podía hacerme sentir bien y la idea de que jamás se fuera me asustaba.

Una noche, después del trabajo, llegué cansadísima. Quería sumergirme en la tina y dejar flotar en el agua todas las partículas del día. Llegué, la intrusa no estaba. Me sentí a mis anchas, podía andar desnuda de un cuarto a otro pero... y ¿si ella entraba?, no quería que me viera por allí, con el cuerpo expuesto al natural. Entonces la idea de encerrarme en el baño y relajarme en la tina me gustó más: velas, esencia de sándalo y algo de jazz sería mis acompañantes. Abrí la llave, pero de ella no salía agua sino gotas, gotas consecutivas. El colmo, Anailil tenía que haber descompuesto la llave y no se había tomado la molestia de dejar una nota o recado.

Aguardé a que llegara. Cuando lo hizo sonrió como adivinando mi mal rato:

— La llave tiene su secreto.

*¿Secreto? ¿Qué secreto pudiera tener esta llave?*

— Solamente la giras tantito y como que la aplastas.

Gotas consecutivas y nada de agua. *¿A ver, ese es el secreto...?*

— Mira, ¿ves? Ya comienza a caer.

¿Cómo era posible? Por años había vivido aquí y ahora resultaba que Anailil conocía mejor el baño que yo. Si ella no estuviera aquí, yo sería la única persona en conocer el secreto de la llave.

Después pensé que lo mejor era asumir que yo la había invitado y que algún día se tendría que marchar. No había más opción que hacer nuestra estancia amena y pacífica.

Una tarde, después de comer, me dio un regalo. Era un jarrón decorado con figuras geométricas. Muy el gusto de ella. Lo acepté mintiendo. Era el típico regalo que uno le da al otro pensando en sí mismo. Le agradecí las veces suficientes para que creyera que en verdad estaba

encantada por el detalle. Lo coloqué en una mesita, cerca del teléfono, pero ella sugirió que remplazara el florero de la mesa por el jarrón: Al fin nunca tiene flores, dijo. *¿Pero es que no entiendes? No quiero tu tonto jarrón. Quiero que no toques nada, que dejes todo tal y como está y que te vayas.* Pero no dije nada. El silencio me invadió y se dibujó en el exterior como una sonrisa y en la mesa, incluso ahora, ya luce un jarrón con figuras geométricas.

Es horrible despertarme y verlo allí, inmóvil, como presumiendo de ocupar un lugar que era de mi florero. Todo empeoró cuando, una noche, de regreso a casa, encontré en una esquinita y tapados con la escoba sus restos.

— Se me cayó. Te prometo que mañana te compro otro igualito.

— No te preocupes. De todas formas jamás tenía flores.

Otro igualito, ¿para qué?, no sería el mismo y yo quería ese y no otro. El colmo fue cuando Anailil opinó sobre la pintura de la casa.

— No te ofendas.

*¿Ofenderme? ¿Cómo no hacerlo cuando estás en mi casa?*

— Yo opino que deberíamos de pintar las paredes de un color más vivo. Los colores fríos me dan frío, sonrió.

Yo también lo hice, pero no por la tonta broma sino porque en verdad consideraba que Anaili era una tonta, una tonta que invadía mi casa...

— ¿Qué colores propones?

Pensé que un amarillo estaría bien, de esos encendidos, si bien no podía dejarla ciega si lastimarle los ojos.

— Pues no sé. Lo dejo a tu consideración.

¿Mi consideración? Pero qué buena resultaba Anailil, dejaba en mis manos la opción de elegir el color para pintar mi casa.

— Dejémosla del color que está.

A la mejor así te congelas, dije en mis adentro. Pero Anailil no se congeló.

La mañana en que entendí todo fue muy dolorosa. Una gotera arriba de mi cabeza me gritaba que me fuera, que me marchara lejos.

— Hay una gotera. Debemos revisar la casa para ver si no hay más.

Pero no había. Solamente esa, esa, justo en mi habitación, arriba de mi cabeza, sobre mí. Era como si la casa exigiera que me fuera sin importar a dónde.

— Llamaré a alguien para que la tape, dijo.

Pero de qué serviría. La gotera seguiría allí, lista para mostrarse cuando quisiera. Era inútil hacer eso, porque aún tapada, yo sabría de su existencia.

— Sí, Anailil. Encárgate de eso. Saldré un rato. No me esperes...

No volví hasta el día anterior. Ella no estaba. Aguardé afuera, sentada. No quería violar la intimidad de Anailil. Contemplé la casa. Mirarla me condujo a sentirla como algo extraño y ajeno.

Anailil llegó.

— Me tenías preocupada. ¿Qué ocurrió? Estaba a punto de llamar a tus...

— Necesitaba un respiro y dormí en casa de Klara. Qué bueno que no llamaste a mis papás. No quiero alararlos.

— ¿Quieres darte un baño? Te prepararé algo de comer. Te ves terrible.

— Estoy cansada. ¿Puedo dormir en tu habitación?

— Si lo haces por la gotera, no te preocupes, ya está arreglada.

Cuando entré la casa había sufrido cambios, insignificantes pero cambios. El teléfono ya no estaba en la sala sino en la cocina, las ventanas estaban abiertas de par en par y cubiertas por una tela transparente del color favorito de Anailil, lo que le daba a toda la casa su retoque, su personalidad. En toda la atmósfera podía respirar su perfume frutal.

Me fui a recostar. La idea de abandonarte me ponía mal. Pero no hallaba otra solución. Días después hablé con Anailil y le dije que te cedía por un tiempo indeterminado, que yo necesitaba aires nuevos, lejos de la ciudad, de todo...

Ya empaqué. No he dejado nada... Sólo los clavos y las gomas de mascar en aquella pared. De ti no me llevo nada. Sólo las fotos en donde salen tus paredes y rincones como fondos.

Anailil toma hoy posesión de la casa. Yo agarro las llaves como el objeto más frágil del mundo.

Abro.

— Aquí están las llaves. Ventrán por las cosas faltantes mañana por la mañana.

Me despido. No de ella, sino de lo que un día fue mío.

He dejado atrás la casa y me preparo para atravesar una calle.

— ¿A dónde irás?, me grita.

Simulo que sus palabras ya no me llegan. No quiero responder a dónde voy porque yo tampoco tengo respuesta.

*Estrategias discursivas para  
crear el espacio en*  
**“Lo que nunca habité”**

## INTRODUCCIÓN

Escribir literatura tiene que ver con “... construir un mundo, tan perfecto en sí mismo como cualquier otra construcción, ya sea la de un reloj o la de un edificio” (Kohan 11). Aunque los escritores difieren en lo que significa hacerlo, es imposible no decir que se vuelve un acto constante. Sobre esto, Mario Vargas Llosa dice:

¿Por qué ha habido y hay hombres que se dedican a representar el mundo en ficciones verbales, a crear esas apariencias de vida que son las novelas? En efecto, como si en la realidad no pasaran ya bastantes cosas, como si en la vida no hubieran ya bastantes personajes, bastantes dramas, bastantes alegrías, bastantes aventuras, hay hombres que se apartan de sus semejantes, se encierran, y pasan días, semanas, meses, angustiándose, desesperándose, por crear ilusoriamente, a través de las palabras, nuevos dramas, nuevas angustias, nuevas alegrías, nuevas situaciones, nuevas aventuras (Vargas Llosa en Ayuso14).

La escritura posee algo que seduce, que enamora y que mata. Difícilmente un amante de este oficio puede separarse de él; porque se hace parte de vivir o, mejor dicho, una forma de seguir viviendo. No importa el fin que se persiga al hacerlo, la escritura es “... más que enlazar palabras” (Kohan 9).

Cada escritor decide serlo porque en las letras encuentra algo que lo seduce, que lo atrae y que lo atrapa de por vida. Marguerite Duras lo describe de esta manera: “Hay una locura de escribir que existe en sí misma, una locura de escribir furiosa, pero no se está loco debido a esa locura de escribir” (Duras en Ayuso 12).

El amor a las letras y la pasión por no abandonar la actividad de crear son los componentes de una locura redentora. Porque en el papel, en la pluma y en el silencio, podemos encontrar los "... espacios para aclarar los pensamientos" (Ayuso 16) y salvarnos de muchas cosas. Como ejemplo de esto está el escritor ruso, Fiodor Dostoievski, al que se le desencadenó la epilepsia después de la muerte de su padre y la cual fue controlada cuando terminó de escribir *Los hermanos Karamazov*.

"¿Por qué ha habido y hay hombres que se dedican a representar el mundo en ficciones verbales...?" (Vargas Llosa en Ayuso 14) se pregunta Vargas Llosa. Muy probablemente debido a que en la escritura buscan una forma de hacer más hermosa y real a la "realidad", o porque la escritura permite hacer conciencia de cosas que antes uno no percibía o, quizá, sea porque, al igual que Paul Auster, en la escritura vemos "... una actividad que [se necesita] para sobrevivir" (Ayuso 22).

Se podrá hablar mucho sobre el tema, sin embargo nunca se llegará a una conclusión; porque el acto de escribir es un mundo infinito e inexplicable. Es adentrarse a un sitio que, por sí mismo, implica un viaje personal que nos termina por conducir a cuestionarnos.

Afortunadamente hay hombres y mujeres que deciden retraerse de este mundo para ser arquitectos de otros. Sobre cuál es el detonante que los inspira para crear, García Márquez dice: "Una imagen visual. En otros escritores, creo, un libro nace de una idea, de un concepto. Yo siempre parto de una imagen" (Márquez en Ayuso 52). En otros casos puede ser un objeto, una conversación, una foto. Cualquiera cosa puede despertar el hilo temático de una anécdota, adentrándonos en que no hay historias malas o buenas, sólo bien o mal contadas.

El material de un escritor es el mundo entero, porque es en ese mundo en el que quien escribe, se mueve y vive, por lo que resulta ser una fuente de inspiración para su obra. Lo que decida hacer el escritor con éste es su decisión; porque “... como escritor, puedes inventar lo que no tienes” (Kohan 17) y ser lo que en el mundo real uno no se atreve a ser. Es precisamente en esta última característica de la escritura en donde he quedado inmersa, porque este oficio me ha permitido llegar a ser lo que sólo me es posible por medio del lenguaje.

Cuando era niña jugué muchas profesiones. La que más me gustó fue la de exiliarme en la soledad de “mi banquita” y perderme entre las líneas interminables de un libro. Después de un rato, ponía a ese fiel amante sobre mi estómago y me quedaba viendo al infinito, imaginando qué sucedería con “El Rey mocho” o con “La rata planchadora”, cuentos infantiles que me iniciaron como lectora.

En el kínder, los viernes eran días de chapotear en la alberca del jardín. Yo no quería. Me asustaba la idea de andar en el agua con muchos niños, niñas y microbios que entrarían por mis ojos u oídos y los harían crecer a un tamaño inmenso. Entonces inventaba que estaba enferma y quedaba exiliada del grupo. En ese lapso de soledad encontré un lugar fantástico dentro del salón: “El rincón de lectura”, un espacio pequeño que tenía por paredes muchos libros. Ahí, por medio de las imágenes, inventé historias que me introdujeron a un lugar nunca antes visto por mí ni por nadie de mis compañeritos, porque ellos preferían patearse, aventarse, correr uno tras del otro o quedarse parados después de gritar “encantado”. Yo prefería encontrarme con esas historias, sentía que en ellas descubría un lado de mí y del mundo que valía la pena conocer.

Más tarde, cuando entré a la primaria, me entregaron mi dotación de libros de la Secretaría de Educación Pública (SEP). De inmediato sobresalió a mi vista un libro pequeño: era el libro de lecturas. Cuando lo abrí me enamoré de inmediato de “El sapito glo, glo, glo”, me

emocionaba el dibujo del señor sapo dejando ver apenas, tras de una hoja de árbol, sus enormes ojos oscuros. En una ocasión, perdí mi libro de lecturas y con él, al sapito glo, glo, glo. Empecé a llorar y corrí con mamá y le pedí que le hablara a la maestra, que me ayudaran, que me regresaran mi libro. Después de días de angustia supe qué había ocurrido: un niño se había llevado mi libro por error. Jamás le volví a hablar, para la sociedad había sido un error, para mí el estreno de un ladrón de libros y de sapitos glo, glo, glo.

Otro de los libros que marcó mi vida fue la novela infantil, “El bolso amarillo”. Desde que lo abrí me quedé con el ojo cuadrado: Raquel, la protagonista del cuento y yo, teníamos los mismos deseos: crecer, ser hombre y ser un escritor. Por esta razón me hice fiel amiga de Raquel y me sumergí en el trabajo de encontrar un lugar para esconder sus deseos, porque pensaba que hallándolo, los míos también estarían seguros. Fue la lectura de esta novela la que comenzó a despertar en mí la idea de dedicarme a escribir. Pero era sólo eso, una idea.

Con el paso de los años dejé de leer. Retomé la lectura como un placer hasta la preparatoria, en donde tenía la firme convicción de llegar a ser teóloga. Me la pasaba la mayor parte del tiempo leyendo libros filosóficos o La Biblia. Sin embargo, la preparatoria más que una experiencia académica fue artística. Ahí, conocí obras expresionistas, cubistas y vanguardistas. Pasaba largas horas hablando con la profesora Itzel, de Expresión Artística, sobre temas de arte. Me imaginaba que esa delgada mujer con cabellos de otoño, después de salir de trabajar se transformaba en aire, porque en su quehacer artístico me parecía que era libre. Mientras que en clase de Lengua y literatura, cuando el profesor Juan Guerra preguntaba algo sobre el texto, intervenía yo, diciendo que el narrador tenía un tono melancólico, burlesco, triste. Quizá por eso el maestro me eligió para compartir conmigo su más valioso tesoro: sus libros. Así yo leía y leía, y él me daba otro y otro más y todos los días me internaba en su cubículo y me la pasaba platicando sobre Bernalda Alba u otros personajes. En esas tardes descubrí que me apasionaba el

arte, que disfrutaba las pláticas con gente que compartía mi pasión y respeto ante la mejor forma de vivir: la libertad.

Más adelante tomé la optativa de Literatura, ahí me inicié en otro mundo: la escritura. Recuerdo que el profesor Andrés Márquez nos pidió que hiciéramos un cuento con un tema libre. Coincidió por ese entonces que había un muchacho que siempre llevaba lentes oscuros y que desde hacía meses yo me preguntaba qué escondían sus ojos. Hice un cuento de él: en el texto él utilizaba lentes porque sus ojos guardaban el secreto de la humanidad, pero esa humanidad no estaba lista para entenderlo y por eso lo resguardaba de esa forma. Cuando terminé de leer mi texto me di cuenta de que me sentía diferente, de que por primera vez había sido creadora. Sostener la pluma me hizo sentir con poder de dar vida y de destruirla.

Posteriormente me enfrenté con dificultades que me llevaron a cuestionar la decisión de estudiar Teología. Las reflexiones constantes me condujeron a abandonar este sueño y me llevaron a un camino que jamás creí pisar. En la preparatoria oí hablar de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México (UACM) y de las carreras que impartía. Entonces opté por aprovechar mi pase directo e ingresé a esta institución en la licenciatura de Creación literaria.

Es en la UACM en donde sin duda me di cuenta de cómo la literatura se había hecho presente en mi vida, en donde me senté dentro de una aula y pensé: “esto es lo mío”. Me encantaba la idea de crear, pero no con un fin de hacerlo y guardarlo para mí. Disfrutaba mostrar mis textos a otros porque por medio de sus críticas sentía que descubrían un poquito de mí. De esta forma ponía un orden al mundo interior, con el objetivo de comprender el exterior.

En las aulas, durante las clases, en charlas, conocí formas, palabras que con su simple sonoridad me enamoraron, autores que me enseñaban todavía muertos a sentir y a ver el mundo de una forma diferente; más mía.

Existió un momento en que quise abandonar la licenciatura. Pensaba que la escritura no era para mí. Pero cuando dejaba de escribir, algo interno, sentía que se apagaba, que me faltaba para sentirme viva. Tuve que aceptarlo: la escritura era mi oficio.

Fue en Cuento IV en donde tuvo, por llamarlo así, su origen este trabajo. La profesora Karla Montalvo nos pidió que elaboráramos un proyecto de libro. Me di a la tarea de pensar sobre un tema, uno que me llenara y con el cual pudiera convivir por un largo tiempo: entre todas las temáticas elegí el espacio. Tomé textos con los que había certificado materias y percibí que la espacialidad se hacía presente como un tema principal o importante. Los trabajé y escribí otros textos que tuvieran como eje el espacio. Así construí mi obra creativa.

En un primer momento el proyecto estaba pensado para tratar al espacio como un límite o una oportunidad para que el personaje pudiera avanzar o permanecer en el mismo lugar. Más adelante se añadió el interior del personaje como un reflejo del espacio en el que se mueve. Di inicio a la investigación y a la escritura de la parte teórica. Conforme avancé me percaté que el tema del espacio se iba por otro lado.

El espacio junto con la estructura, los personajes y el tiempo forma parte de los elementos que organizan a la narración (Cfr. Sessarego). Aunque el espacio ha sido valorado muy poco, actualmente "... hoy todos parecen estar de acuerdo en que no se trata de un mero marco en el que se desarrolla la acción, sino que el espacio es un elemento esencial que, junto con el tiempo, desempeña un papel decisivo en la configuración de los personajes y de la propia historia" (Álvarez 7).

Este apartado tiene por pretensión ser un acercamiento teórico y creativo a la espacialidad. Así pues, en una primera parte, abordo el tema de una manera teórica sobre el espacio, con el fin de limitar este concepto y dar a conocer los términos y definiciones con las que considero que el tema puede ser mejor entendido. En seguida, trato las herramientas literarias que se han

propuesto para crear el espacio y, finalmente, hago un análisis en torno a cómo concibo y construyo la espacialidad en mi libro de cuentos: *Lo que nunca habité*.

Como lo he mencionado, el espacio es ya un tema estudiado entre los teóricos literarios. Lo que ha dado lugar a una diversidad notoria de explicaciones en torno a este elemento. De lo anterior la idea de acotar el tema y limitarlo a lo que en este trabajo me interesa. Así que lo que destacaré es, como bien dice el título: las estrategias literarias para formular el espacio en sus dos variantes, espacio objetivo y el espacio subjetivo.

## II ELEMENTOS CONCEPTUALES PARA EL ANÁLISIS DEL ESPACIO

El espacio forma parte de los cuatro elementos que Myrta Sessarego propone para que un texto sea narrativo. De esta forma la estructura, los personajes, el tiempo y el espacio (Sessarego 249) se conjuntan con un fin definido y claro: narrar una historia.

La estructura, es la “forma en que se organizan las partes en el interior de un todo... en otras palabras, la estructura es el armazón o el esqueleto constituido por la red de relaciones que establecen las partes entre sí y con el todo” (Beristáin 200) de la historia. En ocasiones, una estructura bien lograda puede ser un hallazgo ocasional, pero en otros, es una constante reflexión del autor. Más tarde, estas estructuras pueden convertirse en fórmulas para obtener determinados efectos. Algunos ejemplos de estructuras son: el inicio in media res<sup>1</sup>, la circularidad y el eterno retorno<sup>2</sup>, la anticipación<sup>3</sup> y la inversión temporal<sup>4</sup>.

Por personajes entendemos que son los seres que habitan el mundo plasmado por el lenguaje. Son ellos los que se mueven y actúan conforme a sus principios y normas. La interacción con sus semejantes y con el lugar en el que se desenvuelven son algunos de los aspectos que permiten que parezcan estar vivos. Los personajes son “... el motor de la acción narrativa, [y] no pueden aislarse del universo que los rodea ni de las relaciones que establecen

---

<sup>1</sup> El inicio in media res “... se trata de comenzar el relato en la mitad para después recuperar sus antecedentes, con lo que el tiempo no aparece en su fluir habitual, sino que se ofrece con un salto atrás” (Escudero Martínez 191).

<sup>2</sup> La estructura circular o del eterno retorno “... conforma la idea de reiteración, cuyo diagrama es un círculo, que supone el movimiento propio de lo temporal encerrado de tal forma que, por más que el tiempo avance siempre se encontrará repitiendo un proceso” (193).

<sup>3</sup> La anticipación “... es el salto mental desde el presente hasta el futuro” (192).

<sup>4</sup> La inversión temporal “... es una estructura que mira exclusivamente hacia atrás” (191).

unos con otros, porque eso es [...] lo que les da existencia y consistencia...” (203). Los personajes literarios pueden ser redondos o planos<sup>5</sup>.

El siguiente elemento es el tiempo, el cual M. Burtor clasifica en tres tipos: el de la escritura, el de la lectura y el de la aventura.

El de la escritura es el periodo que el escritor invirtió para crear la obra. Por ejemplo: Thomas Mann hace referencia a este tiempo cuando escribe: “... puede que sonría de mi pedantería si me adelanto a indicar que desde el día en que di comienzo a estas notas ha transcurrido casi un año y mientras escribía los últimos capítulos entrábamos en el mes de abril de 1944” (Mann en Bourneuf 154). Mann habla del tiempo en que inició su trabajo y el posible periodo del final del mismo. Esto, en su conjunto, es el tiempo de la escritura.

Por su parte, el de la lectura es el lapso de tiempo en el que una persona lee. Por ejemplo cuando yo decidí leer la novela de *Nueva casa* de Sara Gerson: actividad que realicé aproximadamente en un mes. Ese mes es el tiempo de la lectura.

Finalmente está el tiempo de la aventura, que es el periodo que abarca el inicio de la historia hasta el final de la misma. Para ejemplificar este tiempo, tomo un fragmento de la novela *Nueva casa*, en donde se narra la historia de una familia que por ser judía tiene que salir de su país natal y aprender a vivir en México. Esta salida se lleva a cabo en el año de 1929. Los personajes tienen que irse adaptando al nuevo sitio y lo hacen: “Durante la década de los cincuenta... el anhelo se desvaneció; no quería alejarme de aquí. Descubrí que mi verdadero arraigo se había gestado con la nueva casa” (Gerson 169). La salida de los personajes de su país es en 1929 y la narradora nos cuenta la historia hasta el año 1950; por lo que transcurrieron 21 años. Estos 21 años, es el tiempo de la aventura.

---

<sup>5</sup> El personaje redondo, dice Forster, tiene “... la capacidad de sorprender de una manera convincente... Un personaje redondo trae consigo lo imprevisible de la vida...”. Mientras que un personaje plano “... se construye en torno a una sola idea o cualidad...” (www.tempospiral.blogspot.mx).

Finalmente, está el espacio. Elemento narrativo que deseo abordar con mayor énfasis en este trabajo. Ya he hablado con anterioridad de que la escritura, por sí misma, es un espacio maravilloso y mágico en el que podemos emprender un viaje y regresar con la plena certeza de que no volveremos igual. En la narrativa el espacio se define como “...el escenario a la acción y al movimiento de los personajes” (Sánchez 34).

Tiempo y espacio guardan una profunda relación debido a que, en el relato, la espacialidad funciona como el mundo construido para ser habitado por aquellos seres que actúan en un lapso de tiempo. Por lo que espacio y tiempo<sup>6</sup> son dos elementos que no pueden separarse en un texto literario. Esta unión espacio temporal se hace muy evidente en el cuento “*El dinosaurio*”, de Augusto Monterroso, que dice: “Cuando despertó, el dinosaurio todavía estaba ahí” (71).

El narrador abre el texto situándonos en el tiempo (cuando), luego está un verbo (despertó) seguido por una coma. En seguida aparece un artículo (el), que anuncia a un sustantivo (dinosaurio), le sigue un adverbio temporal (todavía), un verbo (estaba) y finalmente un adverbio de espacio (ahí).

“*El dinosaurio*” está constituido por elementos temporales: “... la conjunción “cuando” y el adverbio “todavía” (Moga 153); por dos verbos y, finalmente, por el adverbio del lugar “ahí”.

Me centraré en estas cinco palabras.

---

<sup>6</sup> A esta unión espacio- tiempo, Mijael Bajtín la nombra como cronotopo. Este término hace referencia a la “... unión de los elementos espaciales y temporales en un todo inteligible y concreto. El tiempo se condensa aquí, se comprime, se convierte en visible desde el punto de vista artístico; y el espacio, a su vez, se intensifica, penetra en el movimiento del tiempo, del argumento y de la historia. Los elementos del tiempo se revelan en el espacio, y el espacio es entendido y medido a través del tiempo” (237).

Sobre el adverbio espacial “cuando”, con el que abre Monterroso su minificción, Zavala afirma que “... nos remite a lo que se tendría que encontrar antes del inicio” (Zavala en *Anotaciones sobre “El dinosaurio”*, 42). Es decir, a las acciones que pueden ser posteriores a cuando despierta el dinosaurio. En cuanto al verbo “despertó”, al estar seguido de una coma, indica que quien despierta es el dinosaurio (Cfr. Zavala).

Referente al adverbio temporal “todavía”, Zavala dice que da una mayor profundidad al relato, “... pues implica la existencia de una historia que tiene muchos posibles antecedentes narrativos” (43). Y en torno al verbo “estaba”, Zavala señala que es éste el que anuda todas las acciones que se cuentan en la minificción. Finalmente el ahí, que abre una posibilidad inmensa de que el texto “... está a punto de empezar de nuevo” (43). Con éste, Monterroso nos señala un territorio invisible que logra introducirnos en él sin el mayor problema. El autor logra todo lo anterior por la sintaxis del cuento, es decir, el adverbio de espacio colocado al final del texto logra un efecto de anclamiento y ensanchamiento del texto. Con este final, “... el espacio nos enreda... entramos en él como en un bosque vacío donde todo está a punto de ser, pero permanece aún impronunciado” (Moga 155).

¿Por qué es que Monterroso decidió iniciar con el tiempo y terminar su texto con la espacialidad? A ciencia cierta no lo sé. Puedo especular que él conocía o intuía la unión tiempo-espacio. Lo que sí puedo decir es que el primer adverbio nos habla de un tiempo y el “ahí” sitúa al dinosaurio, a esa tercera persona implícita en el cuento y al lector, en un lugar que, aunque indeterminado la palabra lo nombra. No nos sentimos como entes flotando, porque, como se dice, tenemos un piso para asentar nuestros pies y un lugar en donde podemos echar a volar la imaginación. Ese “ahí”, final del cuento, es una conclusión y a la vez el inicio de la historia. Tiempo y espacio tienen una gran importancia en este texto. Quizá de ésta se desprende el que Monterroso abra el cuento con un adverbio temporal y lo concluya con un adverbio espacial. ¿Es

que entonces estos dos elementos van de la mano? Sí, debido a que todo acontecimiento se lleva a cabo en un tiempo y espacio determinado, por lo que son inseparables.

Sin embargo, para un mejor estudio del espacio, en este trabajo hablo de forma independiente de la espacialidad. Si puse el ejemplo de “El dinosaurio” es con el fin de mostrar la importancia del espacio y su estrecho vínculo con el tiempo.

Por muchos años el espacio fue considerado poco importante en la literatura. Sin embargo, la situación ha cambiado considerablemente en las últimas décadas, y hoy se está de acuerdo en que el espacio “... no se trata de un mero marco en el que se desarrolla la acción, sino que el espacio es un elemento esencial que... desempeña un papel decisivo en la configuración de los personajes y de la propia historia” (Celma 7).

Sessarego dice que en “... el espacio, sea del tipo que sea (real o imaginario), están sumergidos los personajes, que realizan la acción durante un tiempo determinado” (250). Por ejemplo, en el cuento “La Caperucita roja”, la protagonista se mueve en su hogar, en el bosque y en la casa de su abuelita. Estos sitios son los paisajes donde se concentra la vida de los personajes. Así mismo, en la literatura, los espacios los encontramos de manera objetiva o subjetiva. Lo objetivo se configura “...dentro de la narración, como una condición de la dimensión de los objetos...” (251). En otras palabras, el espacio objetivo es el que se considera “real” dentro del texto. Como ejemplo, tomo el escenario de “Continuidad de los parques” de Julio Cortázar, en donde el espacio objetivo es un estudio, que tiene por características particulares un sillón de terciopelo verde y una vista hacia un parque de robles.

En el caso del espacio subjetivo, es todo aquello que se lleva a cabo en el plano interno del personaje. La construcción de este espacio se da por el ánimo, las sensaciones y la mirada del personaje y nos da la oportunidad a nosotros, lectores, de introducirnos en su mundo más íntimo. El espacio subjetivo es un trozo del alma del personaje que queda revelada al lector por medio de

pensamientos, de sueños, de ideas y de recuerdos. Por ejemplo: en “Continuidad de los parques” el narrador nos introduce al mundo subjetivo, por medio de la reconstrucción de la lectura que hace el personaje lector: “Palabra a palabra, absorbido por la sórdida disyuntiva de los héroes, dejándose ir hacia las imágenes que se concertaban y adquirirían color y movimiento...” (Cortázar en Ciudad Seva). Para esta parte, el personaje lector ya abandonó el mundo objetivo y ha entrado al subjetivo, haciéndose un testigo invisible de la trama que el personaje- lector lee.

“Continuidad de los parques” es un claro ejemplo de cómo se borran los límites entre el plano objetivo y subjetivo, en donde los robles son el portal que nos permite ir de un plano al otro. Esto es más evidente al final del texto cuando el personaje de la novela corre para llevar a cabo un asesinato, y mientras lo hace traspasa el umbral que nos conduce de lo subjetivo a lo real: “Corrió a su vez, parapetándose en los árboles y los setos, hasta distinguir la alameda que llevaba a la casa...” (Cortázar en Ciudad Seva). Los pasos del personaje se trasladan a un lugar ya conocido por nosotros. Terminamos de reconocerlo cuando se evoca el sillón de terciopelo verde y la cabeza de un hombre leyendo. Lo intuimos, el lector morirá en manos de ese personaje que atravesó el límite de lo imaginario a lo real.

Cortázar logra lo anterior de una manera sorprendente. A tal grado que el lector no puede distinguir un espacio del otro. Así, el personaje ficticio se desarrolla en ese mundo concreto y material y el personaje “real” del cuento es asesinado por la lectura.

El encargado de situarnos en un espacio objetivo o subjetivo es “... el emisor del discurso literario” (Paredes 29); es decir, el narrador. Éste “... es quien nos hace ver la acción por los ojos de tal o cual personaje, o bien por sus propios ojos, sin que por eso le sea necesario aparecer en escena” (29). De esta entidad se puede desprender otra: el narratario, que no es “... propiamente un personaje, pero está presente en la diégesis, por la que pasa a veces, como la sombra de un pájaro, rozándola levemente” (García 124). En la literatura, el narratario es evocado por el

narrador mediante alusiones, apelaciones y un tú. El narratario es un ser “... con existencia puramente textual, y depende de otro ser de papel, que es quien lo configura” (Sánchez Navarro 31).

En un texto literario es común encontrar al narrador en las tres personas gramaticales del singular (yo, tú y él/ ella). Estas voces son las responsables de conducirnos por el discurso, por lo que “... el lector no puede obtener un conocimiento directo de los sucesos, sino que se mediatiza por el narrador— punto de vista” (Paredes 31). Estos narradores difieren en acercamiento. Es decir, mientras uno es más cercano (yo), el otro toma una distancia de los personajes y de la anécdota (él o ella).

Cuando el autor decide escribir desde la primera persona deja a cargo de algún personaje la narración. Este narrador personaje, dice Paredes, es evolutivo cuando el tiempo de la historia coincide con el momento en que se está viviendo, el personaje reflexiona en torno a lo que acontece y se transforma. En contraparte, el narrador es estático “... cuando el autor le adjudica una formación y opinión definitivas a lo largo del texto” (54).

Alberto Paredes divide a la primera persona en:

1. *El narrador protagonista*: es alguien que cuenta su propia historia.
2. *El narrador personaje secundario*: Es un personaje (no el protagonista) el que transmite la historia, por lo que no lo puede comprender todo y resuelve sus dudas con constantes suposiciones.
3. *El narrador personaje incidental*: Es aquel al que se le concede cierta participación con el fin de justificar su estancia en el momento y lugar en donde acontece la anécdota.
4. *El narrador morfológico o primera persona morfológica*: Es en donde gramaticalmente el narrador está en primera persona. Pero ese yo que se hace evidente, no tiene ninguna

participación en lo que se cuenta y ni siquiera se le atribuyen características humanas para existir. Por lo que se vuelve un narrador incorpóreo que emite el discurso.

Las desventajas de un narrador en primera persona es que el punto de vista queda restringido para la audiencia. “Dado que todo lo que averiguamos nos ha de venir a través del único personaje, no podemos saber lo que otros personajes piensan o sienten” (79). Conocemos lo que siente, piensa y ve este narrador, pero queda velado lo de los otros; pues “... este tipo de narrador sólo nos puede contar sus propios sentimientos y reacciones y aquellos acontecimientos en los que él o ella se hallan directamente implicados” (Quin 79).

En el caso del narrador en tercera persona, el autor crea “... una categoría especial y de distinta clase de realidad que los personajes para contar la historia y formar el universo verbal” (32). Es decir, el narrador en tercera persona es posicionado desde un espacio que difiere del de los personajes, y que lo sitúa con atributos que sólo este narrador puede tener y poner en práctica en estos textos. El narrador en tercera persona no participa en la historia ni posee atributos humanos, funciona como una persona que “... contempla y refiere lo sucedido” (Paredes 33).

Este narrador es como un “dios”: “... lo sabe todo... conoce todos los pensamientos y sentimientos del personaje; conoce lo ocurrido en el pasado y a menudo las cosas que sucederán en el futuro. Este narrador puede estar presente en los lugares en donde el personaje parece estar solo, y puede también estar enterado de lo que sucede en varios lugares al mismo tiempo” (Quin 81).

Debido a las características de este narrador, existen tres variantes, según Paredes:

1. *El narrador omnisciente*: es aquel que no se identifica con sus personajes, le son ajenos y resulta superior a ellos, así como a la historia. Conoce todo, por lo que funciona como un Dios. Flaubert hace referencia a este narrador cuando escribe: “El artista debe de estar en su obra como Dios en la creación, invisible y todo poderoso, para que le sepa en todas

partes y no se le vea jamás” (citado por Paredes 36). A este narrador, también se le ha denominado por Jean Pouillon “por detrás”.

2. *El narrador con*: Este narrador en tercera persona diferencia su voz de la de los personajes, aunque la posición que adopta para contar la historia es desde uno de ellos o de varios. En un texto contado por este narrador “... sólo se narra lo que el personaje puede saber, ver o conocer según las relaciones que establece con los demás y su funcionamiento con el texto” (Paredes 37).
3. *La falsa tercera persona*: Gramaticalmente el discurso está en tercera persona, pero se narra con apego absoluto a la perspectiva de un personaje.

Jean Pouillon reconoce una cuarta variante de la tercera persona. Éste la denomina como “... la visión por fuera”. Todorov define a este narrador de la siguiente manera: “... el narrador sabe menos que cualquiera de sus personajes. Puede descubrir únicamente lo que ve, lo que oye, etc., pero no tiene acceso a ninguna conciencia...” (49). Este narrador, que se desprende de la tercera persona, se percibe como un mero espectador que, con base en lo que ve y escucha, formula la anécdota. El narrador en tercera persona, cualquiera que sea su variante, se torna lejano de la historia y de los personajes.

Ahora bien, ¿cómo es que el narrador entra en el tema que me interesa abordar? Porque es justamente a través del narrador que podemos dar origen a la espacialidad. Sessarego escribe que el espacio objetivo y subjetivo, se construyen a partir de la voz del narrador y de la mirada de los personajes. Como ejemplo tomo dos de mis cuentos: “Adiós, García Márquez” y “La barda”. El primero de ellos está contado en primera persona (yo) y el segundo en la tercera (él/ ella). La construcción del primer cuento es mucho más sentimental, más apegada a la serie de emociones que vive el narrador protagonista. En otras palabras, su espacio no sólo es aquel en donde se desenvuelve, sino el espacio interno, aquel que construye con base a lo que ve en el exterior. Lo

contrario sucede con un narrador en tercera persona, debido a que todo sentimentalismo queda fuera y se dedica sólo a narrar de manera fría lo que ve. Es este narrador el que tiene una oportunidad de guardar secretos y revelarlos hasta el momento conveniente. El narrador en tercera persona está alejado de la trama, de los personajes y del sitio en donde ocurre la historia. Ejemplo de esto es mi cuento “La barda”, en donde el narrador sólo nos habla de las imágenes que ve y guarda información importante que decide revelarla hasta el final del texto.

Para Sessarego, en un texto literario lo objetivo y lo subjetivo no existen de una manera pura, debido a que el espacio objetivo está nombrado por la construcción descriptiva del narrador o del personaje, lo que significa que la realidad del texto se carga de sentimientos, emociones y recuerdos, características del espacio subjetivo.

En párrafos anteriores ya he hablado del narrador, de su función y de las limitantes que éste tiene para interferir en la historia. Así que trataré a continuación de la descripción y de algunos otros recursos de las que se vale el escritor para crear el espacio.

La descripción “... consiste en explicar las características o cualidades de un lugar” (Sánchez Lobato 352). En un texto literario, la descripción manifiesta sensaciones y explica cualidades, es decir, que la descripción puede ser subjetiva, en otras palabras; centrarse no sólo en la realidad del texto, sino en el mundo imaginado o en los sentimientos de los personajes.

Cuando en la literatura se describe, se pretende manifestar las sensaciones e impresiones de alguien o algo y plasmar los sentimientos de los que realizan la acción. Por lo que la descripción se vuelve algo estético, expresivo, sugerente y evocador. Por ejemplo:

Por las rendijas de la madera, el sol proyectaba sobre las baldosas grandes rayas delgadas que se quebraban en las aristas de los muebles y temblaban en el techo. Sobre la mesa, algunas moscas trepaban sobre los vasos sucios y zumbaban, ahogándose, en la sidra que había quedado en el fondo. La luz que bajaba por la

chimenea aterciopelando el hollín de la plancha coloreaba de un suave tono azulado las cenizas frías. Entre la ventana y el fogón estaba Emma cosiendo; no llevaba pañoleta y sobre sus hombros descubiertos se veían gotitas de sudor (Flaubert 99).

En este fragmento todo el ambiente está preparado para que Carlos se enamore de Emma. Ellos están solos en una habitación, la luz es tenue, las moscas se entregan a lo embriagante de las uvas y Emma cose, dejando ver sus hombros llenos de gotitas de sudor. Que fácil sería sólo contar: Carlos la miró y se enamoró de ella. Sin embargo en la literatura, la descripción busca provocar un efecto en el lector: quizá el de imaginar lo que se cuenta o sentir de cerca lo que el personaje está viviendo.

La descripción, según Pimentel, es la oposición a la narración, debido a que esta última se encarga de contar un suceso, mientras que la descripción se detiene en detalles del mismo (Cfr.8). Por ejemplo, en “La caída de la Casa Usher” de Edgar Allan Poe, el narrador comienza por decir sus sentimientos ante la búsqueda de la casa de los Usher, y de pronto la narración es detenida por la descripción de lo que el narrador ve: “Miré... la casa y el sencillo paisaje del dominio, las paredes desnudas, las ventanas como ojos vacíos, los ralos y siniestros juncos, y los escasos troncos de árboles agostados...” (Poe en Ciudad Seva). En este fragmento, el verbo “miré” nos indica la acción, y en seguida ésta es detenida para contarnos lo que ven los ojos del narrador personaje. La descripción detiene a la narración, y nos brinda detalles importantes o minuciosos de algo o de alguien, en este caso, de la casa Usher.

Sobre la descripción, Anderson hace una propuesta de clasificación: la decorativa y la expositiva. La descripción decorativa la define como aquella que tiene que ver con un despliegue, con la que interrumpe la marcha de la acción y llama la atención del lector en los detalles, lo mismo que propone Pimentel. Como ejemplo quiero tomar el fragmento anterior de Flaubert; en

donde la descripción de la acción se ve detenida por los detalles que crean el ambiente de seducción. Que Emma esté cosiendo es lo que le da algo de dinamismo a lo que escribe Flaubert.

Pero Anderson habla también de una descripción que expone y ayuda a que la acción siga su marcha. Por ejemplo, en “Viaje a la semilla” de Alejo Carpentier, se describe para que la anécdota siga avanzando, al final el espacio es reconstruido por medio de la descripción y de la acción: “... Los cuadros de mármol, blanco y negro, volaron a los pisos, vistiendo la tierra. Las piedras, con saltos certeros, fueron a cerrar los boquetes de las murallas. Hojas de nogal claveteadas se encajaron en sus marcos, mientras los tornillos de las charnelas volvían a hundirse en sus hoyos, con rápida rotación” (14). Los verbos son los que nos indican una constante acción de los sustantivos, por lo que la descripción se hace dinámica, guardando una profunda relación con la narración.

Así mismo, la descripción puede ser estática o dinámica. En la descripción estática se “... refleja el aspecto de algo, su apariencia física, sin movimientos en el espacio y en el tiempo” (Martín 343); mientras que en una descripción dinámica se “... refleja la esencia viva de algo, su ser en movimiento” (343), como en el ejemplo que puse de Alejo Carpentier.

La descripción siempre está presente en la narración y, una de sus funciones es “... generar la ilusión del espacio” (Pimentel 8). En la literatura, los autores deben de tener la capacidad de “... concentrarse en los detalles, agrupándolos de tal modo que, al leerlos y cerrar los ojos, se obtenga una imagen de lo descrito” (Zavala *Teorías del cuento 1...* 20). Por ejemplo en el encuentro de Emma con Carlos, Flaubert tuvo que crear toda la espacialidad para hacer de ese encuentro el reconocimiento de un hombre con su amada.

Otra de las estrategias que se propone para crear el espacio y que éste sea “... capaz de conseguir que nos sintamos inmersos por completo en ellos” (*Talleres de escritura creativa Fuentetaja* 26) es detenernos en los detalles por medio del uso de un correcto sustantivo, el cual

puede "... atrapar el concepto, acorralarlo del modo más estrecho que sea posible" (27). Por ejemplo, escribir "cocina" en lugar de "habitación" o "parque de los robles" en lugar de "jardín". Mientras que en el caso de los adjetivos "... hay que elegir aquellos que de verdad califiquen, que de verdad nos den una idea precisa y original" (28).

Sin embargo, habrá casos en los que los sustantivos y adjetivos no alcancen a expresar lo que el escritor quiere decir. Así que el empleo de la metáfora o la comparación pueden resultar imprescindibles. Por ejemplo: Tus ojos son como palomas. Esta comparación nos dice mucho de los ojos o de la mirada de una persona, puede ser que su mirada sea limpia, noble, sencilla, libre, pero también dominante, penetrante, etc.

En resumen, en este apartado vimos que el espacio es un elemento narrativo que al lado de la estructura, los personajes y el tiempo, forma parte de los componentes narrativos que hacen posible una narración.

En la literatura el espacio se divide en objetivo y subjetivo. El primero de ellos tiene que ver con el mundo "real" del cuento, es decir, el lugar en donde se lleva a cabo la acción de los personajes. Mientras que el espacio subjetivo es todo aquello que nos es dibujado por el interior de los personajes; es decir, sus recuerdos, sus pensamientos, sus sueños. Esos sitios que nos hacen conocer con mayor profundidad a sus habitantes. Por lo que la diferencia entre estos dos espacios es que uno es material, en su contexto, mientras que el otro, es interno, emocional.

Para poder dar origen al espacio en un texto literario, es necesario que el escritor decida desde qué tipo de narrador va a contar la anécdota. Esta decisión puede recaer en un narrador en primera y tercera persona del singular. Cada uno de ellos tiene una manera muy distinta de crear el espacio. Por ejemplo: un narrador en primera persona construye su mundo desde sus ojos y desde lo que siente y percibe. Es decir, sólo nos narra y construye lo que ve. No así con un

narrador en tercera persona, el cual funciona como un “dios”, ese dios que sabe y conoce todo.

Por lo que la visión de este último es más panorámica.

El narrador se vale de muchas maneras para crear el espacio. Una de ellas es la selección de las palabras al contar. Dicho de otra forma, es el ser concreto en los detalles con el fin de que el lector acceda de manera eficaz a las imágenes que crea el texto. Cuando el narrador hace un correcto uso de éstas, la información es concisa y los lectores podemos imaginar lo que se nos cuenta.

Otra estrategia es la descripción, que se define como la acción de formar algo o a alguien por medio de las palabras. En la narrativa hay descripción estática, la cual no refleja ningún movimiento, pero también está la descripción dinámica, que se hace presente cuando se describe con movimiento.

El espacio es sin duda un elemento fundamental en la narrativa. Y es precisamente éste el que detona toda una serie de reflexiones en mi obra creativa. El espacio es más que un escenario en donde se llevan a cabo las acciones.

### III ANÁLISIS LITERARIO

#### *Estrategias discursivas para crear el espacio en Lo que nunca habité*

Siempre que escribo, parto de mí, no puedo hacerlo desde otro sitio o desde algo que no soy. Mis textos, sea cual sea la temática, salen de mis más escondidos secretos, de mis miedos no reconocidos, de mis deseos más vergonzosos. En la escritura soy quien soy y, aunque a veces la timidez quiere ganar, el mero arte de escribir no le permite la victoria; aunque eso no significa que me entregue sin resistencia al papel.

*Lo que nunca habité* es un libro que me permitió “... poner en escena mis sentimientos, reconocerlos y transformarlos... y a la vez operar una transformación” (Kohan 25) que, en este momento no puedo entender o creer consumada, pero estoy segura de que va por buen camino.

Algunos de los cuentos que conforman el libro tienen su origen en el transcurso de mi carrera universitaria. Fue en la clase de Cuento IV que me di cuenta de que tenía textos en donde el tema del espacio se hacía presente. Lo que más me asombró fue que los textos habían sido producidos con una diferencia temporal muy notoria.

*Lo que nunca habité* abre con el cuento “Adiós, García Márquez”, en donde la protagonista nos narra una serie de emociones y recuerdos que vienen a ella al llegar a una librería. Pasado y presente se unen en la historia para introducirnos al mal de amores, en donde el final de la protagonista es insinuado por el título del libro que busca y pierde en las manos de su ex amante: *Cien años de soledad*.

En “Adiós, García Márquez” construyo el espacio haciendo referencia a detalles de la ciudad. Por ejemplo, un semáforo, autos y avenidas, objetos que de inmediato nos remiten a un escenario de este tipo. Esto resulta normal, porque guardo un profundo contacto con la ciudad y

con la idea de que un escritor debe de escribir sólo de lo que sabe y conoce. Es algo así como lo que dice William Faulkner: “un escritor... debe utilizar, como uno de sus instrumentos, el ambiente que conoce” (William Faulkner Ciudad Seva en entrevista).

“Adiós, García Márquez” está contado por una narradora protagonista. Quise hacerlo de esta manera porque es este narrador el que “... proporciona un conocimiento muy directo de la psicología del personaje” (Quin 79), que aunque “... no mira los hechos desde una altura olímpica que lo libra de ataduras” (Paredes 57), como es el caso de un narrador omnisciente, es un narrador protagónico que “contamina” los hechos por su persona, lo que nos hace descubrir de una manera más profunda su mundo interior.

Los limitantes de este narrador se hacen notorios cuando, casi para llegar a la librería, ve la figura de alguien que tiene un parecido con la persona que extraña: “Veo la entrada. Afuera hay un joven. De perfil se parece a ti” (5). La narradora protagonista no tiene la oportunidad de anticiparse a la información, y todo lo va descubriendo conforme se va revelando a sus ojos. De ahí el final que el lector intuye, pero que terminamos de descubrir junto con el personaje: “Es tu voz, eres tú” (6). En “Adiós, García Márquez”, la narradora presente: “Me siento como en un eterno reencuentro que nunca se realiza” (5); reconoce: “Hay muchos desvanes de libros, pero... mi favorito es éste, porque forma una M, la M de mi mano” (4); pero cree imposible el retorno de su amado: “No puedes ser: la fría nostalgia que escurre en forma de agua por mi cuerpo te ha logrado dibujar” (5); sabe el significado o lo que le incita a sentir el espacio en donde se desarrolla: “Está sólo tu recuerdo” (5). Esta narradora se ve limitada y nosotros, como lectores, vamos de la mano de sus descubrimientos, observando a través de ella.

Otra estrategia que utilizo para originar el espacio en este cuento es la presencia del narratario, el ser al que la narradora le dirige la historia. En éste, la protagonista no profundiza demasiado; sólo dice lo suficiente para saber que fue una persona que amó y que se marchó de su

vida; por lo que es construido desde el interior de la narradora por medio de los detalles que nos son contados. Por ejemplo: “Veo la entrada. Afuera hay un joven. De perfil se parece a ti” (5).

Este narratario fue una construcción que no tenía planeada. Es más, ni siquiera la había notado hasta que la profesora Karla Montalvo me hizo consciente de ella. Esta presencia me fue imposible quitarla porque evidencia el fuerte apego que tiene la protagonista con su recuerdo. Así que quise respetar la forma de la historia y llevarla hasta sus últimas consecuencias; que no es más que la aparición en carne y hueso de este ser.

Sobre la primera persona se dice que “... representa al autor dentro de su obra: individuos que se asumen como tales y que se proponen contar y otorgar comprensión estética a su universo desde sí mismos” (Burtor en Paredes 57). Muy acorde con lo que, en ocasiones o, mejor dicho, casi siempre hago, es utilizar la literatura para poner orden al mundo exterior e interior. En las letras he encontrado el mejor método para comprender lo que resulta incomprensible y para transformar lo que en la vida real no puedo cambiar. “Adiós, García Márquez” es un cuento en el que tuve por pretensión poner orden a mis emociones y sentimientos, cuando creí llegar a éste los disfracé de una anécdota, una historia que quizá tiene mucho que ver conmigo según lo que escribe Burtor pero que, también es un disfraz de alguna experiencia: pequeñas trampas de la escritura, la cual como escribe Adela Kohan, nos permite “... jugar con lo vivido” (3).

Yo creo que en el cuento, el espacio es construido principalmente por la acción. Un ejemplo de esto es cuando la protagonista llega a la librería:

Unos **examinan** los tomos pasando las hojas de un lado a otro, **regresan** al índice, **leen** y de nueva cuenta **van** a una página. Otros **buscan** ser atendidos por algún empleado. **Una fila extensa** se encuentra en la **caja**... **Llego** a la otra **habitación**. De inmediato **tomo** un ejemplar de Edgar Allan Poe. **Leo** el primer párrafo, **despego** mis ojos de las palabras y **descubro**, entre el mover de las personas, a un

hombre que **hojea** un libro **al final del estante**... Me **muevo** pidiendo ayuda... (5 las negritas son mías).

El cuento muestra el movimiento de los personajes. En el ejemplo que pongo podemos ver la librería pero no por una descripción estática. Es decir que ni sabemos de qué color está pintada o qué cuadros adornan sus paredes; sino que por la descripción dinámica la podemos imaginar en su mayor esencia, en su verdadero motivo de existir: ofrecer libros a la gente. Por los verbos, podemos ver y escuchar las acciones y los bullicios, conocer la librería y la esencia de este sitio por medio de su materia prima: el movimiento.

Para mí la librería es el escenario principal de este cuento. Ésta tiene la forma de una M, la M que también tiene la mano de la narradora: “Mis manos se han puesto blancas y marcadas líneas forman una M: M de molestia, de muerte, de Márquez...” (4). Esta idea me surgió una noche en que observando mi mano me puse a pensar en sus líneas. Me imaginé caminos tan lejanos, apartados el uno del otro. Pero de pronto, por alguna razón, aquellos caminos se unen. La pretensión que tuve al usar esta reflexión, fue dar la sensación de que dentro de esta M, es en donde se lleva a cabo la acción y la unión del destino de los personajes. Quería darle una técnica cinematográfica a esta parte, un juego de acercamiento, haciendo uso de un elemento de su cuerpo; de alejamiento, con un espacio exterior, y de nuevo de acercamiento uniendo ambas cosas: mano y espacio. Pero considero que no lo logré del todo, porque del cuento, de esto, es de lo que menos se habla.

Lo que me parece interesante es cómo este espacio que trae a la memoria de la protagonista lo que le lastima, también se le impone, dejando ver los cambios que ha traído el tiempo. Por ejemplo, cuando en la librería la protagonista ve un cartel de poesía y recuerda lo que estaba en el pasado: “En nuestro tiempo ese espacio era ocupado por un enorme reloj” (5) y por supuesto el cambio más doloroso y notorio cuando al final del texto su amado se toma de la mano

de otra mujer: “Extiendes el brazo. Ella se prende a tu mano. Te miro sin cambio alguno o quizá sí, porque la que hoy te toma de la mano es otra y no yo” (6). El espacio, al cambiar, le susurra a la protagonista que ella también tiene que avanzar, que transformarse, pero es inútil, el ensimismamiento es más fuerte y al final ella se condena a vivir en soledad.

Es esto último lo que sitúa a mi narradora protagonista en una característica peculiar. Hablo sobre el constante deseo de no avanzar y de no cambiar con el tiempo. Lo anterior la condena a ser una narradora estática, es decir, que se abandona a la idea de no poder continuar sin su ex pareja y en respuesta a su pérdida, sólo contempla su desdicha: “...Salgo para verte marchar entre la caída del agua. Una vez más te alejas...” (6).

Sin embargo, hay otra dimensión espacial en el cuento: la que guarda relación absoluta y significativa con la forma de vivir y relacionarse el personaje con el espacio. Esta relación se configura por la analogía que tienen las calles, la ciudad, la librería y el personaje mismo con su amante. Lo anterior se evidencia cuando ella, camino a la librería, se detiene a ver cómo la lluvia empapa a las calles de la ciudad y declara: “... Cómo quiero a este sitio y, sin poder evitarlo, también a ti” (4). El espacio está enlazado con lo que añora, y a la vez lo que extraña es traído a ella por el espacio. Por lo que “... las sensaciones, los recuerdos y los sentimientos del pasado y presente, [del personaje] están ligados a las experiencias que [ha] tenido, y éstas están ligadas a los lugares alrededor de los cuales se desarrolla [su] existencia” (Leboyer 350). Lo anterior es lógico porque, aunque no se cuenta con detalle, podemos intuir que en ese espacio sucedió algo que marcó a la protagonista y, por supuesto, a ese sitio o lugares.

Los verbos que aparecen en “Adiós, García Márquez” están en presente: “Anchas gotas de agua caen del cielo. Yo, extendiendo mi brazo y abro mi mano; quiero recolectar toda el agua del mundo en mi palma” (4) por lo que hacen del texto un cuento en el que no hay ningún espacio subjetivo. Es decir que, pese a que “Adiós, García Márquez” es un texto lleno de recuerdos, el

lector no es trasladado directamente a ellos, pero no por esto dejan de estar presentes.

Todo el lugar construido en “Adiós, García Márquez” invita a ver de reojo el pasado, pero sólo de reojo, porque es peligroso no aceptar que el tiempo avanza y aferrarnos a esos recuerdos. Al final, la realidad siempre nos va a gritar que las cosas ya no son lo que fueron.

Uno de los cuentos que jamás me imaginé escribir es “Tras de la puerta”. Este cuento desde su origen fue diferente a los otros porque surgió de una serie de sueños en donde yo era perseguida por algo desconocido. En éstos, siempre estaba una persona que me decía que no abriera la puerta. Por horas me la pasé pensando qué me anunciaban estos sueños y qué ocurriría si por alguna razón yo desobedeciera. El cuento lo esquematicé en mi cabeza después de una noche en que lo hice, desobedecí y abrí la puerta.

Yo quería que “Tras de la puerta” fuera la decisión de una mujer de enfrentarse a un mundo desconocido para ella. No pensaba en este cuento como un texto de terror; es más, esa palabra no se asomaba siquiera. Sin embargo, la historia sí quería ser contada así y en Cuento III, en donde la profesora Elsa Fujigaki nos habló de los diferentes géneros literarios, tuvimos por ejercicio escribir algo de terror y, sin darme cuenta, comencé a usar elementos de mis sueños y vestir a lo desconocido de una tela muy sutil de este género y como resultado, quedó esto que hasta hoy me da miedo leer a solas.

“Tras de la puerta” cuenta la historia de Sul, una chica a la que su amigo Lamsel le advierte que al abrir la puerta algo malo le acontecerá. El cuento es una mezcla del mundo “real” y del espacio onírico, un viaje en donde ambos sitios presagian el desenlace de la protagonista.

Elegí contar el cuento con una narradora protagonista, de esta forma pude hacer más apegada la narración a la serie de sentimientos que vive ella. Considero que es este elemento una

parte primordial para crear un ambiente idóneo para el cuento. Con esta narradora se va desenredando poco a poco la madeja de la anécdota, porque “... cuenta lo que sabe y cómo lo sabe” (Sánchez Lobato 123), lo que le brinda misterio al texto.

Un cuento de terror se caracteriza por “... la creación de una atmósfera, de un clima inquietante, y la aparición de un suceso sorprendente, que no tiene explicación inmediata ni alcanzable desde la razón” (Martínez de Mingo 20). Aunque, como escribe Lovecraft, “... para que haya terror no hace falta solamente un cadáver que camine u objetos que se muevan solos. Hace falta un trabajo de escritura y por lo tanto de lectura, que produzca una atmósfera particular, una atmósfera que sugiera” (Lovecraft en Martínez de Mingo 180). Precisamente es eso lo que quise hacer en mi cuento, crear un ambiente para que la historia se ejecutara de la mejor manera posible, pero lo más importante: que fuera creíble.

Cada mundo, en este caso el espacio “real” (u objetivo) del cuento y el lugar de los sueños (o subjetivo) tienen sus propias reglas y normas. Por ejemplo, el lugar de los sueños de Sul se crea con las sensaciones y emociones que ella vive dentro de ese sitio. Lo anterior se deja ver al inicio del texto cuando ella cuenta:

No logro ver quién me persigue. Las calles se hacen estrechas y apenas siento que respiro. Todo está muy oscuro. Un cosquilleo recorre mi nuca, es sutil como una caricia pero estremecedor como una borrasca. Me pesan los pies y, por más esfuerzo que hago por correr, no avanzo. Tengo la sensación de que alguien me quiere hacer daño, pero quién (31).

Sul, para este momento, no sabe que está soñando y lo que vive lo “... cree estar viviendo de verdad” (Cruz 12). Característica de las pesadillas. Sin embargo, en el cuento y con el fin de

no confundirnos entre espacio real (objetivo) y onírico (subjetivo), coloqué elementos que la sacan de este espacio y la introducen al objetivo: hablo del timbre del teléfono y del llamado de Lamsel para que no vuelva a dormir. Este último aviso de parte de Lamsel viste de peligro a la acción de hacerlo. Pareciera que este hecho pone en peligro a la protagonista: “Te quedaste dormida. No lo hagas” (34), le dice Lamsel a Sul. Sin embargo, en este cuento el espacio de los sueños es un peligro, pero el real, el escenario donde se lleva a cabo la historia, también: “Lamsel ha protegido la puerta con una cadena oxidada” (33). Esto coloca a la protagonista del cuento en un momento crucial, porque por las informaciones que nos son dadas como: “El aire viciado me cansa” (33) y “Lamsel sabe que tengo pánico cuando no puedo ver” (34), el lector conoce que Sul no puede estar en ese espacio. Pero, el salir, pone también en riesgo su vida por lo que “el miedo es aquí el ser mismo. Entonces, ¿dónde huir, dónde refugiarse? ¿A qué fuera podríamos huir? ¿A qué asilo podríamos refugiarnos? El espacio no es más que un “... horrible afuera adentro” (Bachelard, *La poética del espacio* 76), que no hace más que poner al límite de sus miedos a la protagonista.

Por su parte, en la escena en donde Sul se encuentra con la muerte, no tuve otro objetivo más que enfrentarla con el fin. Estas informaciones las podemos ver en los diálogos que tienen las mujeres, testigos del accidente:

— ¿Lo aventaron? –pregunto a las mujeres.

— Sí, desde allá. Donde está el vidrio roto. ¿Sí ve, allí? –Me señala con el dedo el lugar. — No seas necia, se suicidó. Todos sabemos que estaba loquito. Ya ves, el pobre soñaba cosas extrañas.

— ¿Soñaba?

— Sí, decía que alguien lo perseguía, que alguien lo quería lastimar... (32)

El muerto tuvo todos los síntomas de Sul. Por lo que hace del fallecido un reflejo de ella. Y de una o de otra forma ella lo presiente o lo intuye, pero pasa desapercibido a sus ojos: “Giro la cabeza para ver al muerto. Sus ojos abiertos parecen mirarme. Jamás me ha gustado ver a la gente fallecida. Mi abuelo decía que si mirabas a los ojos al muerto, algo de su esencia se quedaba en ti. Desvíó mi mirada. No quiero partículas del fallecido en mí...” (32).

La reflexión de Sul sobre la muerte es también un elemento que le brinda una atmósfera de miedo al texto: “Mi abuelo decía que si mirabas a los ojos al muerto, algo de su esencia se quedaba en ti. Desvíó mi mirada. No quiero partículas del fallecido en mí...” (32). No es una mera coincidencia esto, pues lo que pretendí fue usar creencias que la gente tiene sobre la muerte, para que el personaje se viera real y no como un ser de papel.

Otro espacio del cuento es el lugar en donde Lamsel esconde a Sul. Esta construcción surgió de mi miedo a los sitios pequeños. De ahí el hecho de que Sul sea encerrada en ese espacio que le brinda protección contra algo que desconoce. Pero este espacio que parece ser su refugio se torna lo contrario cuando la protagonista del texto revela el pavor que le tiene a ese sitio:

La habitación es pequeña. Al fondo hay una ventana circular por la que apenas siento pasar aire. Afuera, el tiempo se ha detenido. El silencio en ambos espacios me resulta espantoso. El oxígeno es escaso. Quiero salir. No puedo respirar y escucho el bombeo de mi corazón. Aire, sí, respirar aire y no el polvo de este lugar que no acabo de reconocer (33).

La construcción de este lugar está pensada para poner al límite al personaje, de no ser así ella se podría quedar ahí por mucho tiempo. Sin embargo, cuando un espacio no nos hace sentir cómodos, tenemos que reaccionar y hacer algo. Sul lo hace, aunque eso le cuesta la vida.

“Tras de la puerta” es abrirte a lo que temes. Es enfrentarte a ese sitio que te hace abrir la puerta porque te está pidiendo que lo hagas. Casi al final cuando Sul despierta de un sueño y le parece que las paredes avanzan dice: “Me parece que las paredes avanzan hacia mí. Tengo mareos. La habitación se torna más oscura. Lamsel sabe que tengo pánico cuando no puedo ver” (34). Esto pone al personaje al borde de un abismo y, en la vida, hay situaciones que nos colocan en el vacío y que no nos dan más opción que aventarnos para probar algo diferente. Esto es “Tras de la puerta”, la decisión de abandonar lo que nos da miedo para ir en busca de algo que no entendemos pero que llegó el momento de enfrentar.

Un texto que me entenece leer es “Carta a Rosa”. En éste se narra la historia de un hombre que decide renunciar a las “comodidades de su vida actual” y a la mujer con la que tiene planes de casarse, con el fin de irse a vivir debajo de un puente. Este cuento es una carta dirigida precisamente a Rosa, en donde el remitente justifica su actuar y argumenta su decisión.

Esta historia tiene su origen en una imagen que me conmovió mucho. Recuerdo que todo aconteció una tarde, yo venía en el transporte público y mi cabeza la tenía recargada en la ventana. Entonces el trolebús se detuvo y vi que debajo de un puente había un sillón, y sobre él, un hombre sentado. De inmediato me puse a pensar que ese sillón era la casa de ese hombre, lo único que poseía, lo único que le hacía compañía. Después, cuando volví a ese lugar para fotografiar la escena, ni el hogar del hombre, ni el hombre estaban. Yo no sé si él ya murió o si el sillón terminó en el basurero, sólo sé que ambos resultaron, para mí, una fuente de inspiración.

“Carta a Rosa” está construido por espacios subjetivos. Esto se percibe desde el inicio del mismo: “¿Recuerdas la noche en que llegué mojado a tu casa? Yo sí” (17). Ese “yo sí”, es el puente para trasladarnos a lo que el narrador protagonista hará, contarnos lo que él recuerda, cómo lo vivió, sintió y finalmente lo que he mencionado antes, lo que lo condujo a tomar la decisión de abandonar su mundo y formar parte de otro. Otra marca temporal que nos anuncia la subjetividad del texto son sus verbos: “Te hablé de mi nuevo fracaso..., del tiempo que esperé para, al final, tener una negativa como respuesta” (17). Los verbos “hablé” y “esperé”, están en tiempo pasado, el tiempo de la subjetividad, del recuerdo y de la memoria.

No sé bien por qué tomé la decisión de hacer una carta, quizá porque en ese tiempo hacía años que no le escribía una a alguien, y de ahí que se me antojó escribir el cuento de esta manera. La verdad no lo recuerdo. De lo que estoy segura es de que en esta forma encontré el mejor tono para la historia, aunque en determinado momento llegué a pensar que lo mejor sería enfrentar al protagonista con Rosa, pero quise respetar el dolor de esta mujer al perder al hombre que amaba y con él, todos los planes; así que preferí darle un poco de paz con una carta que supongo guardará para toda su vida.

Los diferentes espacios en donde se lleva a cabo la anécdota son: la casa de Rosa, una banqueta, el espacio debajo de un puente y el departamento del protagonista. Sin embargo, lo que me interesa destacar es el recuerdo dentro del recuerdo, y la construcción de las dos casas que se presentan en el texto.

Cuando hablo del recuerdo dentro del recuerdo me refiero a la parte en donde el protagonista le escribe a Rosa: “...esperé en la banqueta. Lejos de ti y con las luces de los carros pegando en mi cara, recordé los planes de casarnos y tus sueños por una casa: será grande, dijiste.

Con dos pisos y un baño arriba y otro abajo. Un gran ventanal habrá en la sala y el comedor tendrá cuatro sillas” (17). En este fragmento la subjetividad parece tener matices, el primero de ellos tiene que ver con que toda la carta por sí misma es un recuerdo, pero después el personaje retrocede más en el tiempo y nos lleva a los planes de casarse y no conforme con eso, pone un elemento inexistente, ilusorio: el sueño de una casa con ciertas características. Lo anterior pone al recuerdo en el recuerdo del recuerdo.

La casa que Rosa se imagina es descrita por el personaje de esta manera: “... será grande... Con dos **pisos** y un **baño** arriba y otro abajo. Un gran **ventanal** habrá en la **sala** y el **comedor** tendrá cuatro **sillas**...” (17, las negritas son mías). En contraste, está el recuerdo que se antepone a éste, debido a que sí está materializado, hablo de la casa del vagabundo: “...me llevó debajo de un *puente*. Allí se encontraba un *sillón* ya viejo... estábamos sentados en un *sillón* con *resortes* que saltaban por todos lados, que muy probablemente era *hogar* de animales...” (19, las cursivas son mías). Ambas descripciones me llaman la atención por los detalles del espacio. La casa que desea tener Rosa posee más sustantivos que la casa del vagabundo. Los sustantivos de la primera son elementos convencionales de una casa, y precisamente es esto lo que lleva al protagonista del cuento a cuestionar su mundo.

Ambas casas no tuvieron un fin estratégico. Me di cuenta de lo que había hecho hasta que estaba ahí, en las hojas. Sin embargo, creo que es en esta parte en donde está la esencia de lo que verdaderamente quería hacer, y no era más que abordar un tema convencional para llevarlo a algo más interno.

Al morir mamá, mi padre se esforzó por darme lo mejor. Así que pasaba más de ocho horas en su trabajo. Yo quedaba bajo el cuidado de una joven hasta que el

viejo llegaba por mí. Las veces en que su trabajo se dilataba, él llegaba hasta altas horas. Yo ya estaba dormido en la pequeña recámara de mi niñera, pero sentía cómo me cargaba y me iba a recostar a mi cama. Entonces mis ojos se abrían. Papá se recostaba a mi lado y a través de la luz de una lámpara vieja, que todavía conservo, dibujaba figuras: un dinosaurio, un perro, un hombre, un lobo. Con mi viejo a lado yo olvidaba todas las horas sin él y mi soledad (19).

Cuando el protagonista entra en contacto con ese espacio semi vacío, acontece que “... el mundo real se desdibuja de golpe” (Bachelard, *La tierra...* 13) y es trasladado a la casa del recuerdo. Es importante destacar que sea este espacio casi vacío el que lo lleva a evocar aquel lugar en donde él logra sentirse cómodo y cuestionarse ese otro sitio en donde ya no siente caber. Es paradójico que algo tan simple lo haga sentirse lleno y recordar aquello que con nadie había compartido. La soledad que siente el personaje en el mundo es llenada con más soledad espacial, con la ausencia de objetos, y con el recuerdo de su origen.

“¿Cómo iluminar ahora mi vida?” (160), se pregunta Manuel Hurtado en su poema. Y es precisamente lo que el personaje de “Carta a Rosa” se pregunta después de encontrarse con este sitio. En el fondo yo creo que este cuento guarda mucho de lo que pienso. Vivimos en un mundo tan material que nos olvidamos de que, en ocasiones, lo más simple o sencillo trae a nuestra memoria lo más significativo. Sólo es cuestión de decidir y es eso lo que precisamente hace el personaje: tomar una decisión: “De regreso a mi casa vi la lámpara vieja de mi padre. Lo entendí: esa luz daría una atmósfera de calidez a la casa bajo el puente; llevarla, sería lo mismo que hacer de ahí mi hogar” (20). Es de esta forma que el protagonista decide iluminar su vida, con el objeto que lo remite a sus mejores recuerdos de la infancia.

El uso de un narrador en primera persona nos permite conocerlo a él y a los otros personajes desde su mirada. El punto de vista del narrador protagonista nos hace vivir en carne propia sus sentimientos, sus emociones y cada una de las ocasiones en que el mundo que habita parece incomodarle.

“Carta a Rosa” es la partida de un sitio y la llegada a otro, en donde la ausencia de cosas parece dotar al personaje de lo que es, un buscador de su origen y recolector de los mejores recuerdos que detonan tan sólo con un espacio.

Sin embargo, así como hay sitios que nos remiten a un recuerdo de la infancia. Los hay también aquellos que nos llevan a encontrarnos con nuestras limitantes psicológicas y que no son más que un obstáculo por nuestra forma de vivirlos y relacionarnos con él. Este es el caso de “La barda” en el que se narra la historia de un pueblo que se enfrenta ante un obstáculo para que ellos puedan acceder al agua. Sin embargo, aquel obstáculo deja de serlo cuando es la visión de los que viven la aparente catástrofe, la que los condena a morir de sed. “La barda” resulta ser un lugar que no es lo que parece, y que antepone su verdadera identidad a la visión de los afectados.

El cuento comienza con: “Al amanecer la barda está ahí...” (36), dejando en incógnita el origen de este hecho. Más tarde, el narrador nos declara que esa barda no tiene un principio ni objetivo humano: “El pueblo está perplejo, no comprende quién pudo hacer de la noche a la mañana ese trabajo... durante la madrugada ni un ruido presagió aquello...” (36). Esta característica es parte de lo que algunos autores han denominado como fantástico moderno, debido a que “... el orden de la vida ordinaria queda alterado, transgredido o cuestionado por la sorprendente aparición o intromisión de un fenómeno extraño o inexplicable...” (Herrero Cecilia 50). En este caso, ese fenómeno es el surgimiento o aparición de esa barda.

En el texto, la barda se describe con muy pocos detalles: "... la barda está ahí, infinita y alta como un rascacielos. A cada cinco metros hay una puerta, pero nadie tiene las llaves y nadie logra pasar al otro lado..." (36). Estas características la dibujan como un obstáculo verdaderamente monstruoso y más cuando el narrador en tercera persona (omnisciente), nos revela que detrás de esa barda está el agua: "... nadie logra pasar al otro lado. No sería importante hacerlo si el agua no se hubiera quedado tras ella..." (36).

La visión del pueblo la que hace ver a la barda como un verdadero obstáculo. Está, por ejemplo, cuando el pueblo la mira asombrado sin saber quién pudo construirla y ponerla ahí, entonces una mujer grita: "¡vamos a morir!" (36). La serie de acciones que el pueblo realiza para que la poca agua que tiene no se le acabe: "El sacrificio de no bañarse y de resistir la sed ha sido vano. Las personas han olvidado el frescor de la saliva sobre sus labios. Ahora ésta es pasto seco, muerto y los labios grietas, líneas sin fruto..." (36). La situación se antepone ante toda razón o esfuerzo, y la muerte de animales presagia el cruel desenlace de esas personas. Entonces, en un arrebato por cambiar la situación, se organizan para saltar la barda llevando cuerdas y llaves, pero la grandeza de la muralla es más imponente y uno a uno se alejan. Esto lo intenté mostrar con la comparación de la pequeñez de una hormiga con el tamaño del pueblo a lado de la barda: "...no hay nada que hacer, ellos son partículas a lado de un gran obstáculo; hormigas que pretenden atravesar un parque..." (37). Es así como el pueblo se percibe ante la magnitud de la barda. El problema se hace mayor no por el tamaño del obstáculo, sino por la concepción de la gente ante lo que ven sus ojos a simple vista.

Lo contrastante de este cuento es que siendo fantástico por la razón que ya he dicho, no existe en él un espacio subjetivo. Por el contrario el espacio es objetivo, "real". La problemática que quise tratar aquí es que el límite espacial existe en la mente de los personajes y no en el sitio.

Esto último es lo que verdaderamente deseaba hacer, crear un cuento en donde la limitante fuera el pensamiento humano. Esto se muestra cuando aparece un soplido de aire y mueve una puerta y el narrador nos revela que aquella barda imponente no impedía el acceso al agua: “El paisaje ha quedado desierto. Un soplido de aire estremece los árboles. Una de las puertas se entreabre” (37). Este narrador en tercera persona es cruel, porque decide interferir hasta el final del cuento y revelarnos que había una esperanza, y este secreto lo revela cuando el pueblo se abandona a lo que sus ojos ven. Por esta razón “La barda” es la representación de un espacio que no es lo que parece ser.

Otro de mis cuentos es “A tiro de piedra”, que es un cuento que surgió de un deseo muy íntimo, porque en él revelo mi poca creencia de que el mundo puede ser distinto al que es o, mejor dicho, al que hemos formado los seres humanos. Aquel deseo íntimo también deja ver un cansancio social y mi encuentro con una realidad, la misma que, en ocasiones o casi siempre, es más cruda que toda ficción. Así que, puedo decir que la protagonista de “A tiro de piedra” es un desdoblamiento mío, un deseo de querer encontrar un sitio diferente a éste, por el sentimiento de estar abrumada, aburrida o poco sorprendida por éste que habito.

Taly es la protagonista de este cuento. El nombre es la reproducción de la forma de nombrar a una compañera de clases de inglés. El nombre me gustó por su sonoridad y porque para mí, es algo dulce y fuerte; adjetivos que bien describen a mi protagonista.

El cuento está narrado en tercera persona del singular. Esto lo elegí inconscientemente, pero ahora que me detengo, pienso que quizá, muy probablemente, lo trabajé así para tomar cierta distancia de la historia. Este narrador se dedica sólo a contar lo que ve y oye: “Le habían dicho que aquel lugar era diferente. Que las tardes del otoño eran rosadas y que, en tiempo invernal, el

cielo se llenaba de estrellas con vida” (49). El narrador parece tomar una distancia con el personaje y la historia, pero, a la vez tiene la capacidad de alejarse de esta protagonista y centrar su atención en otros elementos. Por ejemplo, en la mosca: “El insecto deslizó su pata contra la otra. Regresó al platillo y, de reojo, vio la sombra enorme de algo” (49). En este fragmento, la mirada del narrador se desliza a la de la mosca, por este cambio dejamos de ver a Taly y podemos imaginar a la mosca restregando sus patas una contra la otra.

¿Por qué una mosca? Porque ¿quién tiene una mosca por mascota o mejor amiga, como la llama Taly? Nadie. La mosca es un insecto que da asco, que su presencia es evitada a toda costa porque es un insecto que se asocia con los desechos, con lo putrefacto. Todos hemos matado una mosca, pero Taly no se atreve. Su soledad es tan grande que, al verse comiendo sola y al descubrir que su única compañía es este animal, la adopta como alguien a quien debe cuidar. Quizá porque socialmente ella se siente como lo que representa una mosca.

Me entenece la imagen de Taly colocando un florero, unos platos, cucharas y copas. La imagino ahí sentada, esperando por alguien que, sabe, no llegará y, de pronto, el zumbido de su amiga, porque los amigos, los verdaderos amigos, siempre llegan en el momento más oportuno.

Cuando decidí matar a la mosca lloré mucho. Odié hacerlo. Porque Taly cargó con ella desde el inicio del cuento para llevarla a la “tierra prometida”, pero igual que el Moisés de la Biblia, la mosca no pisó la tierra donde fluye leche y miel. Primer indicio de que algo pasa o marcha mal en ese sitio. Pero busqué que el final fuera más trágico o crudo, porque Taly se encuentra con un hombre que mira el reloj, elemento terrenal que nos ata a andar corriendo de un lugar a otro. El hombre no la mira ni siquiera de reojo: “El hombre se detuvo y miró el reloj, Taly buscaba su mirada pero no pudo encontrarla” (51). Este elemento de no mirarse a los ojos o al

rostro, es un elemento que se repite en el texto, porque es el hecho de mirarse el que le da la existencia al otro. Taly busca eso: existir. Sin embargo, la respuesta del hombre ante la amiga muerta en la mano de Taly, hace que ésta caiga en cuenta de que “A tiro de piedra” no existe.

Este espacio está creado por medio del rumor: “Le habían dicho que aquel lugar era diferente” (49), por descripciones: “Que las tarde del otoño eran rosadas y que, en tiempo invernal, el cielo se llenaba de estrellas con vida” (49). Sin embargo, al igual que el pueblo inexistente, la forma en que el texto es narrado, es decir en pasado, hace de la anécdota, de todo el cuento, un recuerdo, el recuerdo de un deseo que muchos de nosotros tenemos de querer que exista un lugar como “A tiro de piedra”.

Hasta este momento parecieran que todos los cuentos de este libro son de visión catastrófica. Me gusta decir que no. Dentro del libro hay un texto que muestra mi otra gran pasión, la misma que a la par de la escritura, me ha hecho descubrir una forma diferente para relacionarme con mi entorno y conmigo misma: hablo de la danza.

Tengo que admitir que años atrás busqué complementar mi vida literaria con alguna otra actividad artística. Así que intenté tocar la guitarra y el piano, quise dibujar, cantar, pero nada de esto lograba atraparme. Cuando desistí en mi búsqueda la danza me encontró y me aferré tanto a ella, que no nos hemos podido separar hasta hoy.

“La danza de la libertad” es un cuento que surgió de mis primeras experiencias dancísticas. En él Mildred, narradora protagonista, nos cuenta una serie de cambios que detonan en ella un sentimiento de extrañeza: “¿Por qué no podía volver a mí y abandonar esa extrañeza?” (27). Por medio del uso de este narrador, los lectores vamos de la mano con los descubrimientos de Mildred pero, además, los vivimos desde la percepción de ella. De esta forma, nos adueñamos

de la extrañeza y no forma sólo parte del personaje. Con el uso de un narrador en primera persona pretendí crear "... intimidad, subjetividad, un espacio íntimo que el lector puede compartir o no..." (Martínez 127).

La creación del espacio en este cuento se mueve en torno a cuatro momentos claves: 1) la pérdida, 2) el duelo, 3) la aceptación o confrontación y 4) la renovación. Veamos cómo construyo los espacios en cada uno de estas etapas.

La pérdida se define como "... el fracaso para conservar o conseguir algo que tiene valor para nosotros..." (Neimeyer 15). En el caso de Mildred ella pierde a su mejor amigo:

La vez que regresó Andrés no regresé yo. Me hubiera gustado abrazarme a él como durante años lo hice. Pero el cariño de amigos había sido sepultado bajo palabras agrias y acciones mal pensadas que a toda luz mostraban que lo nuestro se había terminado. Ahora parecíamos enemigos dispuestos a terminar uno con el otro.

Esto fue el inicio de mi extrañeza (27).

Posteriormente, está la pérdida de su hermano y la de su mascota:

A pocos días de que se marchó Andrés, también se fue mi hermano. Era triste entrar en la casa y no verlo. Cuando llamaba me preguntaba cómo estaba, yo decía que bien, no quería agobiarlo contándole de mí. Después, la pérdida de mi perrita. Creció conmigo y terminó su vejez en otro lado. Muchas tardes salí a buscarla, pero no la encontré. Lloré por noches imaginando cómo se sentía en un lugar con gente extraña. Yo me sentía igual (29).

“Aunque el dolor de la pérdida de algo que amamos y ya no tenemos es una parte natural del viaje de la vida, puede poner en tela de juicio nuestra forma de vida, haciéndonos sentir confusos e inseguros, sin saber cómo avanzar en el territorio desconocido en el que nos ha dejado la pérdida...” (Neimeyer 16). De esta manera se justifica el sentimiento que declara tener Mildred: “...no podía nombrar eso que perdí... No tenía carne ni huesos así que, cómo hacerlo. Solamente sé que un día desperté y ya no estaba, así supe de su existencia. Primero se marchó él, ellos y después yo” (27). El personaje, ante su desconocimiento, se siente frustrado. El “no saber” cómo llamar a aquello que ya no está, le causa incertidumbre, tristeza y depresión.

Es la ausencia la materia esencial del primer espacio. Esa que no sabemos cómo nombrar pero que reconocemos que existe porque, al irse, ha dejado un gran vacío.

La segunda etapa es la del duelo, palabra que “... no sólo se limita con la pérdida de un ser querido...” (Fauré 14); sino a una ruptura, al abandono o a la renuncia. Es en el duelo en “... donde uno tiene que aprender a asimilar una nueva realidad... (14). Aunque en “La danza de la libertad” esta etapa no se expresa tan notoriamente, se hace presente cuando Mildred reconoce que aunque está su amigo, las cosas ya no son iguales: “Lo medité mientras él me hablaba de las cosas que hizo durante mi tiempo de ausencia. Yo creo que sigo ausente” (27). Para la protagonista su entorno ha sufrido un cambio, y aunque existen elementos permanentes, ella reconoce que ha habido transformaciones que la han marcado para siempre.

Es justo en esta escena en donde la subjetividad es dejada a un lado y la objetividad del texto llega por completo. Hasta entonces, todo ha sido un monólogo interior, una plática consigo misma con el fin de poner orden y sentido a lo que está viviendo. Es hasta el encuentro con Andrés que ella regresa a la realidad y sale del vagón para contarnos lo que ve y siente justo en el

momento: “Voy camino al salón y trato de despojarme de toda idea” (28). Es en ese mundo real en donde da inicio la siguiente etapa: la aceptación o la confrontación.

En el cuento, la profesora de danza es el elemento que confronta a Mildred: “Solamente está la maestra. La luz le da a su presencia un aire de sensualidad, de paz. ¿Por qué no puedo ser ella?” (29). Lidia pareciera ser el “objeto de deseo” de la protagonista; porque en su quehacer artístico le parece tener un elemento que ella ha perdido: su alegría y su libertad.

De pronto la renovación se consuma. Pero no antes de preparar todo el escenario para llevarse a cabo:

Las muchachas y yo tapamos las ventanas con telas, corriendo de un lado a otro me parecen ser ninfas. El salón adquiere poco a poco destellos de luz multicolores y nosotras hemos abandonado el color de nuestra piel para ser verdosas, amarillas, rojas, azules o rosas. Somos una combinación de ese mundo que creemos conocer pero que desconocemos infinitamente (28).

Es en este sitio en donde se lleva a cabo la transformación del personaje protagonista. Sobre el espacio para practicar danza, Cooper escribe: “El propósito, cuando creamos un ambiente positivo para el baile..., es conseguir un espacio con una cálida atmósfera espiritual, que le ayude a sentirse emocionalmente satisfecha y segura...” (14). De ahí, que la maestra Lidia cree todo un sitio para brindarles seguridad y confort a sus estudiantes.

Sin embargo, antes de que se consume la transformación de Mildred, este espacio es vuelto a su forma original. Por lo que los cambios de Mildred surgen desde el espacio corporal que es la maestra:

Los tambores suenan. La maestra comienza a mover su cadera al ritmo de los tambores. Alza sus brazos intercalados para después levantarlos juntos como dos alas que se agitan para comenzar un vuelo. Los tambores van más y más rápido y la cadera de la maestra se ladea de lado a lado. De pronto, los tambores se ven interrumpidos por un lapso de aire, un aire que logra envolvernos. Ella ha extendido un velo y lo deja caer lentamente. La tela toca el piso y la música va rápido, sus caderas van con ella, va más rápido y su cuerpo también, gira y gira. Yo quiero llorar, pero no por el polvo que hay en mis zapatos, sino porque me veo en ella: soy ella (30).

Alguna vez escuché decir por parte de un bailarín profesional que “el ver moverse a una persona, te cambia la vida”. Es precisamente el movimiento el que cambia a Mildred, el que la hace caer en cuenta que es aquello que no está y que prefiere dejarlo en lo impronunciado: “Ahora entiendo qué es aquello que perdí, qué es lo que dejé ir con lo que se fue” (30).

Sin duda alguna este cuento es una muestra de lo que para mí es la danza. La danza tiene la virtud de redimirme, de transformar el mundo interno y hacerme ver y vivir de una forma diferente el externo.

Estoy consciente de que es una figura común la asociación del arte con la libertad. Sin embargo en este cuento quise ser fiel a mi experiencia en la danza y darle un toque diferente al cuento cuando Mildred, al ver bailar a Lidia, su maestra, se transforma en ella, para que, al final, el personaje se vuelva a encontrar.

Yo creo que todos, más de una vez, hemos estado perdidos. De no ser así el mundo no hubiera tenido a un Dalí, a un Beethoven, a Martha Graham, a una Campobello o a un Paz o una

Castellanos. El arte, cualquiera que sea su manifestación, nos libera de nuestros demonios, de esos males que embellecen al mundo.

“La danza de la libertad” es la creación de un espacio en donde lo mágico acontece por el arte, porque esta sencilla palabra guarda, en sí misma, un poder que renueva a todo aquel que se encuentra con ella.

He llegado a la parte más difícil de este libro. ¿Qué final no lo es? “Lo que nunca habité”, nombre del cuento y del libro. Este texto me dolió mucho, y lo quise cambiar una y mil veces, pero la protagonista del cuento ya había tomado una decisión y se rehusó a cualquier intento de cambiar su final. Estoy segura de que yo hubiera hecho lo mismo al saber que ya no formaba parte del sitio que tanto amé. A veces es sólo momento de retirarse y, hacerlo, no significa ser derrotado, es simplemente que un ciclo ha llegado a su fin y hay que avanzar, por más doloroso que sea.

Decidí escribir el cuento en primera persona como un método de sanación. Recuerdo que en este tiempo estaba haciendo mi servicio social y sonaba la canción *One love* de U2. Entonces comencé a escribir, porque las buenas canciones siempre son para mí una fuente de inspiración. Este cuento fue como el dictado de la protagonista. No me detuve a releer ni a corregir, como tengo por costumbre cuando escribo, fue un momento en donde solté la pluma y no la detuve ni por un segundo. Entonces llegué a la escena en donde el personaje entrega las llaves de la casa que tanto ama y se retira; gira la cabeza y la contempla, se despide y avanza con la incertidumbre de no saber cuál es ahora su camino. No lo pude evitar, en ese momento un nudo en la garganta ya se había apoderado de mí y, al final, con todo el dolor de mi corazón, acepté que la decisión de mi personaje había sido la mejor.

El escenario en este cuento resulta ser un personaje. Tiene movimiento y decisión: voluntad. Lo que viste al escenario de humanidad. Por ejemplo: “Yo hacía y tú respondías por medio del desagüe, en cada gota que caía de la llave del lavabo o a través del trueno del piso de madera” (52). La protagonista entabla una relación con su casa a un nivel más cercano y la hace un “... reflejo de ella misma. Refleja sus intereses, sus creencias, sus vacilaciones, su espíritu y su pasión. Transmite aquello que piensa de ella misma y del mundo que la rodea.” (Linn 9). Esto hace de ese espacio más que una casa, la vuelve su hogar.

“Nuestras casas pueden ofrecernos refugio y esperanza renovada en tiempos futuros potencialmente difíciles, pero absolutamente estimulantes. Pueden proporcionarnos un espacio sagrado donde recordar quién somos y por qué estamos aquí en este planeta y en ese preciso instante” (Linn 10). Es esto a lo que la protagonista tendrá que renunciar, y toma la decisión cuando se da cuenta que ese sitio que tanto ama la hecha de su lado. Primero con sutilezas como la llave que sólo Anailil sabe cerrar: “... ahora resultaba que Anailil conocía mejor el baño que yo. Si ella no estuviera aquí, yo sería la única persona en conocer el secreto de la llave” (53). Pero finalmente está el detalle que la hace marcharse: la gotera: “Solamente esa, esa, justo en mi habitación, arriba de mi cabeza, sobre mí. Era como si la casa exigiera que me fuera sin importar a dónde” (55). Ese fiel aliado se convierte en “su peor adversario” (Linn 19). Adversario al que tanto sigue amando ella y que aún al final de su relación, antes de marcharse la protagonista, le habla a la casa, recordándole sus vivencias y hasta explicándole su decisión. Esta charla es algo así como: “me voy, pero antes de irme quiero decirte algo...”

“Lo que nunca habité” está contado en tiempo presente, es decir, que la historia acontece justo cuando lo leemos. Con lo anterior busqué dar un tono más sentimental a la anécdota, porque no es algo que ya se vivió y se ha superado, sino algo que apenas está a punto de cerrarse y,

entonces el lector, está justo en ese momento, en el instante en que sucede.

El espacio en este cuento está formado por la manera en que la protagonista del cuento se desenvuelve con el sitio. Es ella la que interpreta todo lo que acontece en la casa, la que le da vida y la que se apega al espacio.

“Lo que nunca habité” es un álbum de sitios, espacios que por su manera de ser contados, vividos, descritos, se transformaron en lugares inolvidables. Tú y yo tenemos una forma diferente de relacionarnos con los lugares, pero puedo asegurar que si cerramos los ojos podemos imaginar aquel restaurante, cafetería, parque, librería, calle, en donde nuestra vida abandonó un durante y avanzó hacia un después. Porque si algo es cierto es que somos coleccionistas de sitios, algunos nos sacan sonrisas, otros lágrimas y otros más nos enfrentan con las limitantes que como humanos tenemos, pero, al final son sitios, lugares a los que pertenecemos y que nos pertenecen.

Con este cuento he llegado por fin al término de este libro pero, al hacerlo, sé que mi viaje y mi reflexión sobre los espacios apenas comienzan. Estoy segura de que en algún lugar del mundo lo que nunca habité será habitado por otros o por mí. Porque en la vida hay caminos que te llevan al mismo sitio, otros tantos en donde sólo de reojo lo contemplas y algunos más en donde parecen inexistentes. No sé cuál es por el que yo voy. Pero si de algo estoy segura es de que aún me faltan lugares insólitos que conocer y abordar y espero con ansia ese momento.

## BIBLIOGRAFÍA

- Allende Rodríguez, Ana María. *Lengua y literatura*. Madrid: Centro de publicaciones MEC, 1995.
- Anderson Imbert, Enrique. *Teoría y técnica del cuento*. 3era. edición, Barcelona: Ariel, 1999.
- Antas, Delmiro. *Auxiliar para el comentario de textos literarios. Práctica y textos resueltos*. Barcelona: Octaedro- EUB, 2005.
- Ayuso Verde, Ana. *El oficio de escritor*. España: Punto de lectura, 2003.
- Bachelard, Gastón. *La tierra y las ensoñaciones del reposo. Ensayo sobre las imágenes de la intimidad*. México: FCE, 2006.
- Bachelard, Gastón. *La poética del espacio*. Segunda edición. México: FCE, 1975.
- Baronzini, Andrea. *Cuentos con espectros, sombras y vampiros. Antología*. Buenos Aires: Colihue, 2007.
- Beristáin, Helena. *Diccionario de retórica y poética*. Novena edición. México: Porrúa, 2008.
- Bourneuf, Ronald. *La novela*. España: Ariel, 1985.
- Carpentier, Alejo. *Guerra del tiempo, el acoso y otros relatos*. México: Siglo XXI, 1984
- Celma Valero, María Pilar. *Lugares de ficción. La construcción del espacio en la narrativa actual*. Valladolid: Cátedra Miguel Delibes, 2010.
- Cooper, Laura. *La danza del vientre. Paso a paso*. Editorial EDAE: Madrid, 2004.
- Cruz Lapeña, Silvia. *Interpretación de los sueños. Cómo descodificarlos y entender su significado*. Barcelona: Editorial Amat, 2008.
- Chávez, Martha Alicia. *Todo pasa... y esto también pasará. Cómo superar las pérdidas de la vida*. México: Debolsillo, 2012.
- Del Prado Biezma, Javier. *Análisis e interpretación de la novela. Cinco modos de leer un texto narrativo*. España: Síntesis, 2000.

- Escudero Martínez, Carmen. *Didáctica de la literatura*. Murcia: Secretariado de Publicaciones, Universidad, 1994.
- Fauré, Christophe. *Vivir el duelo. La pérdida de un ser querido*. Barcelona: Kairós, 1995.
- Flaubert, Gustavo. *Madame Bovary*. México: Letras universales, 1990.
- García Jiménez, Jesús. *Narrativa audiovisual*. Tercera edición. España: Cátedra, 2003.
- Gerson, Sara. *Nueva casa*. México: Grijalbo, 1993.
- González García, Sonia. *Expresión oral y escrita II*. 5ª. ed. México: Éxodo, 2012.
- Herrero Cecilia, Juan. *Estética y pragmática del relato fantástico*. La Mancha: Universidad de Castilla, 2000.
- Holahan, Charles J. *Psicología ambiental. Un enfoque general*. México: Noriega editores, 2005.
- Hurtado E. Manuel. *Un mundo de pensamientos*. EUA: Palibrio, 2010.
- Kohan, Silvia Adela. *Escribir sobre uno mismo. Todas las claves para dar forma literaria al material biográfico*. 2da. edición. Barcelona: Alba editorial, 2002.
- Leboyer- C. Lévy. *Psicología y medio ambiente*. España: Morata, 1985.
- Linn, Denise. *Hogar sano. Cómo purificar nuestra casa con energías positivas y convertir el sagrado espacio en el que vivimos en un centro de fuerza y salud*. Barcelona: Robinbook, 1996.
- Martínez de Mingo, Luis. *Miedo y literatura*. Chile: Edaf, 1994.
- Martínez M., Elena. *Onetti: estrategias textuales y operaciones del lector*. España: Editorial Verbum, 1992.
- Martín Vivaldi, Gonzalo. *Curso de redacción. Teoría y práctica de la composición y del estilo*. 33º edición. España: Thomson, 2004.
- Moga, Eduardo. *De asuntos literarios*. México: UACM, 2004.
- Monterroso, Augusto. *Obras completas (y otros cuentos)*. UNAM: México, 1959.

- Neimeyer, Robert A. *Aprender de la pérdida*. Paidós: Barcelona, 2007.
- Paredes, Alberto. *Las voces del relato. Manual de técnicas narrativas*. México: Universidad Veracruzana, 1987.
- Pimentel, Luz Aurora. *El espacio en la ficción. Ficciones espaciales. La representación del espacio en los textos narrativos*. México: Siglo XXI, 2001.
- Pimentel, Luz Aurora. *El relato en perspectiva. Estudio de teoría narrativa*. 2da edición. México: Siglo XXI, 2002.
- Quin Robyn. *Historias y estereotipos*. Madrid: Ediciones de La Torre, 1997.
- Sánchez Lobato, Jesús. Coord. *Saber escribir*. Madrid: Instituto Cervantes, Aguilar, 2006.
- Sánchez Navarro, Jordi. *Narrativa audiovisual*. Barcelona: Editorial UOC, 2006.
- Serafini, María Teresa. *Cómo se escribe*. México: Paidós, 1996.
- Sessarego, Myrta. *Maqroll el Gaviero o las ganancias del perdedor*. México: UACM, 2006.
- Talleres de escritura creativa Fuentetaja. *Curso de teoría y práctica del relato 7. Estrategias de apoyo I*. España: Ediciones y Talleres de escritura creativa Fuentetaja, 2003.
- Wright H., Norman. *Cómo recuperarse de las pérdidas de la vida*. Michigan: Editorial Portavoz, 2004.

## REFERENCIAS ELECTRÓNICAS

Bajtín, Mijael en “Las formas del tiempo y del cronotopo en la novela”.

<http://es.scribd.com/doc/51964540/Las-Formas-Del-Tiempo-y-El-Cronotopo-en-La-Novela-Bajtin> Consultado el 5 de marzo, 2012.

Cortázar, Julio. “Continuidad de los parques”

[http://www.ciudadseva.com/textos/cuentos/esp/cortazar/continuidad\\_de\\_los\\_parques.htm](http://www.ciudadseva.com/textos/cuentos/esp/cortazar/continuidad_de_los_parques.htm) Consultado el 7 de marzo, 2012.

Faulkner, William en <http://www.ciudadseva.com/textos/teoria/opin/faulkner.htm> Consultado el 27 de junio, 2013.

Forster, Edward en <http://www.tempospiral.blogspot.mx> Consultado el 29 de junio, 2013.

Poe, Edgar. “La caída de la casa Usher” en

[http://www.ciudadseva.com/textos/cuentos/ing/poe/la\\_caida\\_de\\_la\\_casa\\_usher.htm](http://www.ciudadseva.com/textos/cuentos/ing/poe/la_caida_de_la_casa_usher.htm) Consultado el 3 de enero, 2013.

Zavala, Lauro. *Anotaciones sobre “El dinosaurio”*. Revista de la UNAM.

[www.revistas.unam.mx/index.php/archipelago/article/.../19314](http://www.revistas.unam.mx/index.php/archipelago/article/.../19314) Consultado el 17 de julio, 2012.

Zavala, Lauro (comp). *Teorías del cuento 1. Teorías de los cuentistas*. UNAM: México, 1995

<http://www.ciudadseva.com/textos/cuentos/esp/cortazar/continui.htm> Consultada el día 17 de agosto, 2012.